



Disfrute de su libertad

Warren W. Wiersbe

Disfrute de su libertad

En un mundo en que cada quien busca lo suyo propio es muy fácil confundir la libertad con el libertinaje. Pero es solamente cuando usted es libre *en* Cristo que es también libre *de* la ley, el pecado, los hombres y su pasado. Usted tiene inclusive una libertad futura hacia la cual mirar. Por consiguiente, examine la libertad desde el punto de vista de las Sagradas Escrituras ¡y disfrútela!

WARREN W. WIERSBE es un popular orador de conferencias bíblicas y antiguo director del programa de radio *Back to the Bible* [en español, *La Biblia dice...*]. Fue pastor de la famosa iglesia Moody Memorial de Chicago.

Es conocido como «el pastor del pastor» por su frecuente participación como orador en seminarios y conferencias pastorales y por sus escritos. Ha escrito más de cien libros, entre los cuales están *Cómo ministrar a los afligidos*, *Completo en Cristo*, *Confiados en Cristo*, *Gozosos en Cristo*, *Justos en Cristo*, *Preparados en Cristo*, *¿Practica la iglesia lo que predica?*, *Su nombre es Admirable*, y otros.

ISBN 0-8254-1860-7



9 780825 418600 >

**Disfrute
de su
libertad**



Cómo ser un cristiano solícito
Warren W. Wiersbe

Conozca a su conciencia
Warren W. Wiersbe

Disfrute de su libertad
Warren W. Wiersbe

Gigantes al acecho
Ord L. Morrow

Disfrute de su libertad

Warren W. Wiersbe



EDITORIAL PORTAVOZ

Contenido

ex libris eltropical

Título del original *Enjoy Your Freedom*, de Warren W. Wiersbe. Copyright ©, 1983 por The Good News Broadcasting Association, Lincoln, Nebraska. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *Disfrute de su libertad*. Copyright ©, 1990 por The Good News Broadcasting Association, Lincoln, Nebraska, y publicado 1995 con permiso por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501.

Traducción: Miguel A Mesías
Diseño de la portada: Alan G. Hartman

EDITORIAL PORTAVOZ
Kregel Publications
P. O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501

ISBN 0-8254-1860-7

2 3 4 5 6 edición / año 99 98 97 96 95

Printed in the United States of America

1. ¿Qué es la libertad?	7
2. Libertad falsa	15
3. Libertad de la ley	24
4. Libertad de la ley (continuación)	32
5. Libertad del pecado	41
6. Libertad del pecado (continuación)	49
7. Libertad de los seres humanos	57
8. Libertad del pasado	67
9. Libertad de las cosas	76
10. Libertad futura	86

Capítulo 1

¿Qué es la libertad?

En la vitrina de un almacén hace unos días vi un camiseta estampada con hermosos dibujos de mariposas, y una leyenda que decía: «Las mariposas son libres.» ¡Por supuesto que son libres! *Son libres para ser mariposas*, pero ciertamente no son libres para volar hasta la luna.

Nuestro mundo está preocupado por la libertad, pero son muy pocas las personas que se preguntan: «¿Qué es realmente la libertad?» o, «Si yo en verdad tuviera libertad, ¿cómo la usaría?» El Señor Jesucristo dijo lo siguiente acerca de la libertad: «Hablando Él estas cosas, muchos creyeron en Él. Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en Él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Le respondieron: Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres? Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado. Y el esclavo no queda en la casa para siempre;

el hijo sí queda para siempre. Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres» (Jn. 8:30-36).

La gente con la cual hablaba Jesús estaba confundida en su idea de libertad. Imagínese a un judío diciendo: «¡Jamás hemos sido esclavos de nadie!» En el Antiguo Testamento se lee que la nación judía fue llevada en cautiverio en varias ocasiones, por cuanto Dios tenía que disciplinarla. De hecho, en los mismos días cuando Jesús estaba hablando con ellos, la nación judía se hallaba bajo la bota del imperio romano.

Mucha gente no entiende lo que es la libertad. Si usted quiere entender lo que es la libertad, y disfrutarla, tiene que comprender tres afirmaciones que el Señor Jesucristo hace en este pasaje; a saber: (1) El propósito de Dios para el ser humano es la libertad; (2) el método de Dios para la libertad es la verdad; y (3) la revelación divina de la verdad es Jesucristo.

El propósito de Dios para el ser humano

El propósito de Dios para el ser humano es la libertad. ¿Qué es libertad? Muchas personas piensan que libertad es ausencia de toda limitación, pero eso en realidad sería anarquía. Supongamos que no hubiera leyes que establecieran de qué lado se debe conducir en las carreteras. Supongamos que no hubiera ninguna regulación sobre el uso de las medicinas o sobre el dinero. Supongamos que se nos permitiera hacer cualquier cosa que se nos antojara hacer. ¡El mundo sería un caos! La libertad no es la ausencia de limitaciones, ni tampoco es hacer lo que a uno se le antoja. Eso sería la peor clase de esclavitud. Libertad es el privilegio y el poder que usted tiene, de llegar a ser todo lo que Dios quiere que usted llegue a ser. Libertad es la oportunidad de desarrollar todo su potencial para la gloria de Dios.

Usted nació con un enorme potencial. Cuando nació de nuevo, por medio de la fe en Cristo Jesús, Dios añadió dones espirituales a sus cualidades naturales. Dios le rodea de oportunidades. Usted y yo somos libres en Jesucristo, no para hacer lo que nos antoje, sino para ser todo lo que Dios quiere que seamos. Libertad es la oportunidad de desarrollar todo su potencial para la gloria de Dios.

Usted fue hecho a la imagen de Dios. Dios le hizo libre. Cuando Dios puso a la primera pareja humana en el jardín del Edén les dio libertad: libertad regida por una regulación, libertad circunscrita dentro de una ley protectora. Ellos debían trabajar para Dios. Eran libres para andar con Dios, pero no eran libres para desobedecerle o para hacer lo que se les antojara. La creación me dice: «Dios te hizo para que seas libre». Somos hechos a la imagen de Dios para disfrutar de la libertad que Él ha establecido para nosotros.

La Biblia es un libro de libertad. Empezando con el libro de Éxodo, cuando Dios libertó a su pueblo, y hasta el libro de Apocalipsis, el énfasis recae en la libertad. Cuandoquiera que la nación de Israel pecaba, caía en la esclavitud. Cuando obedecían a Dios, disfrutaban de libertad. La Biblia es un libro de libertad. La cruz de Cristo habla de libertad. La ciudad santa, la Nueva Jerusalén, habla de libertad. Cada palabra del Nuevo Testamento señala hacia Jesús, y recalca la libertad. La libertad empieza con la salvación; empieza en el momento en que usted confía en Jesucristo como Salvador.

Jesús dijo que cualquiera que comete pecado es esclavo del pecado (Jn. 8:34). La expresión quiere decir: «el que tiene el hábito de practicar el pecado». En otras palabras, cuando desobedecemos repetida y continua-

mente a Dios, no somos libres, no disfrutamos de libertad; por el contrario, estamos en la peor clase de esclavitud. Cuando usted confía en Jesucristo como su Salvador, usted tiene libertad *de* la culpa, del castigo y del juicio sobre el pecado. Usted tiene libertad *al* andar en el Señor, en el Espíritu, venciendo el poder del pecado. También tiene libertad *para* llegar a ser todo lo que Dios quiere que llegue a ser. Usted tiene libertad para crecer, para desarrollar todo su potencial, y llegar a ser como el Señor Jesucristo. El propósito de Dios para el ser humano es libertad.

El método de Dios para la libertad

El método de Dios para libertad es la verdad. Dos fuerzas operan en el mundo hoy en día: una que procede del cielo y otra que procede del infierno. El poder de Dios obra por medio de la verdad, y el poder del diablo obra por medio de mentiras. Satanás es mentiroso. Jesús lo dijo bien claro en Juan 8:44: «Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira.»

Satanás usa la mentira para esclavizarnos, y la esclavitud conduce a la destrucción; pero Dios usa la verdad para darnos libertad, y la libertad conduce a la felicidad y satisfacción. En Génesis 3 leemos que Satanás les dijo a nuestros primeros padres: «¿Conque Dios os ha dicho . . .» (v. 1) y luego les prometió: «Seréis como Dios» (v. 5). Satanás les ofrecía libertad sin responsabilidad, libertad sin consecuencias, y *no puede haber tal cosa*. La mentira de Satanás es: «Ustedes serán como Dios», y esa es la mentira que impera hoy en día. El ser humano

es su propio dios. El mundo de hoy adora «a las criaturas antes que al Creador» (Ro. 1:25). El ser humano ya no se considera una criatura que debe ser obediente a Dios. Se mira a sí mismo como el creador. ¡El ser humano se cree su propio Dios! El propósito de Dios para el ser humano es la libertad, y el método de Dios para la libertad es la verdad.

La verdad nos ha sido dada en tres diferentes maneras. En Juan 14:6 Jesús dijo: «Yo soy . . . la verdad». Jesús es la verdad; y por eso Él dijo en Juan 8:36: «Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres». Esto se conecta con el versículo 32: «Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». Cuando usted conoce a Jesucristo, usted conoce a la verdad viva de Dios, y esa verdad lo hace a usted libre.

La Palabra de Dios es verdad. En Juan 17:17 nuestro Señor dijo: «Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad». Por eso Jesús dijo en Juan 8:31, 32. «Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». La Palabra de Dios es la verdad de Dios. La Palabra de Dios también pone al descubierto las mentiras del diablo. Cuando nosotros tenemos una relación personal con el Hijo de Dios, tenemos la verdad. Cuando invertimos tiempo en el estudio y meditación de la Palabra de Dios, conocemos la verdad.

En 1 Juan 5:6 se nos dice que el Espíritu es la verdad. El Espíritu de Dios nos dio la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es inspirada por el Espíritu Santo. El Espíritu Santo de Dios nos enseña la verdad de la Palabra de Dios. «Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad» (2 Co. 3:17). Cuando el Espíritu de Dios revela al Hijo de Dios en la Palabra de Dios, experimentamos la libertad de Dios. El método de Dios para la

libertad es la verdad. Pero, permítame advertirle, Satanás está obrando a través de sus mentiras, y quiere que usted se las crea. Cuando usted cree la verdad y la obedece, usted tiene libertad. Cuando usted da crédito a las mentiras del diablo, y las obedece, usted cae en la esclavitud. El propósito de Dios para el ser humano es libertad, y el método de Dios para la libertad es la verdad.

La revelación divina de la verdad

Tercero, *la revelación divina de la verdad es Jesucristo*. «Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres» (Jn. 8:36). El Señor Jesucristo no puede hacernos libres a menos que Él mismo sea libre. Al leer en los cuatro evangelios acerca de la vida de Jesucristo aquí en esta tierra, se puede notar que Él era libre. Cristo vino a una nación que estaba bajo una esclavitud política y, peor aún, en esclavitud *espiritual y religiosa*. Los fariseos habían añadido tantas tradiciones a la Palabra de Dios, que la gente estaba en cadenas. Se había puesto sobre ellos un yugo que les dificultaba disfrutar de su relación con Dios. El Señor Jesucristo estaba libre del legalismo. Usted no lo encuentra postrándose ante las tradiciones de los hombres. Él era libre de temor, y hasta se durmió en un barco en medio de una tormenta. Fue a la cruz del Calvario sin temor. Usted no ve a Jesús esclavo de ninguna persona o sistema, por cuanto Él era libre. «Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres» (v. 36).

Mientras más conozca usted al Señor Jesucristo, más libertad gozará usted. Nuestra responsabilidad es conocerle. ¿Cómo se puede conocerle? Por medio de la Palabra de Dios. «Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (v. 32). ¿Invierte tiempo diariamente en la

Palabra de Dios? ¿La estudia usted? ¿Aprende de ella? ¿Ha descubierto ya que la Palabra de Dios es la clave para la libertad? *Conozca* a Dios; y la palabra «conocer» significa mucho más que saber intelectualmente algo acerca de Él. Significa tener una relación viva y personal con Dios. Conózcalo. Confíe en Él. «Si permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos» (v. 31). Sométase a la Palabra de Dios. Procure hacer todo lo que Dios quiere que usted haga. Es importante, muy importante, que la Palabra de Dios llene nuestros corazones y nuestra mente. Debemos conocerle y confiar en Él.

Debemos también amarle. «Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que Él me envió» (v. 42). Como se puede ver, mientras más le conocemos, más confiamos en Cristo, y mientras más le conocemos, más le amamos.

Debemos obedecer a Cristo. «El que guarda mi palabra, nunca verá muerte» (v. 51). Esta es una declaración sorprendente, ¿verdad? Muchos creyentes han muerto, pero la muerte no era el enemigo. La muerte ni los devoró ni los destruyó. La muerte sencillamente fue la puerta abierta que los condujo a la gloria. Nuestra responsabilidad es conocer mejor a Cristo Jesús, confiar en Él, amarle y obedecerle. Cuando tengamos esta relación viva con Jesucristo empezaremos a gozar más y más de su libertad. Esa libertad de que disfrutamos se verá en nuestra manera de pensar, en nuestra manera de hablar, y en nuestra conducta. Experimentaremos libertad gozosa, y llegaremos a ser más y más como el Señor Jesucristo.

Ahora bien, lo interesante es esto: mientras más como Cristo llega usted a ser, más y más su potencial es

liberado. ¡Todavía nos queda por ver lo que Dios puede hacer en nuestras vidas! Tal vez piense que no tiene talentos ni capacidades. Quizás piense que no hay oportunidades para usted. Tal vez esté desalentado. Pero mientras más como Cristo llegue usted a ser, más libertad experimentará; y mientras más libertad experimente más en libertad queda su potencial. El poder y el potencial que Dios ha puesto es usted es algo maravilloso. *La libertad es la vida controlada por la verdad y motivada por el amor.* La esclavitud es la vida controlada por mentiras y motivada por el egoísmo. La libertad es el resultado de una relación viva con Jesucristo: andar con Él, hablar con Él, y aprender de Él.

Si usted nunca se ha entregado a Cristo, y confiado en Él como su Salvador, le invito a que lo haga ahora mismo. Entréguele su vida. Si usted ya es un creyente, tal vez esté diciéndose: «No quiero rendirme a Cristo. Quiero vivir mi propia vida.» Eso es una esclavitud de la peor clase. El pecado es esclavitud, pero el someterse a Cristo es verdadera libertad. Le invito a que permita que su vida sea controlada por la verdad y motivada por el amor, por cuanto si el Hijo le libera, usted será verdaderamente libre.

Capítulo 2

Falsa libertad

La libertad cristiana es una vida controlada por la verdad y motivada por el amor. Es el resultado de una relación creciente con Jesucristo, el cual es la verdad, y con la Palabra de Dios, y con el Espíritu de Dios, el cual es el Espíritu de verdad. Pero hay en el mundo una falsa libertad hoy en día, una libertad que no procede del cielo, sino del infierno. Quienes se conducen según esta falsa libertad tienen una vida controlada por mentiras y motivada por los deseos desordenados.

En 2 Pedro 2:1-3, 17-22 se describe esta falsa libertad de la siguiente manera: «Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado, y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme.

... Estos son fuentes sin agua, y nubes empujadas por la tormenta; para los cuales la más densa oscuridad está reservada para siempre. Pues habiéndolo palabras infladas y vanas, seducen con concupiscencias de la carne y disoluciones a los que verdaderamente hablan huido de los que viven en error. Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció. Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero. Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado. Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio. El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno.»

Un cuadro nada agradable, ¿verdad? Pero es algo que debemos considerar por cuanto contiene varias advertencias que debemos acoger. Estos falsos maestros persiguen a los creyentes tiernos. Nótese lo que dice el versículo 18: «Pues hablando palabras infladas y vanas, seducen con concupiscencias de la carne y disoluciones a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error». Acosan a los nuevos creyentes, y tratan de arrastrarlos a una falsa libertad, la cual se convertirá realmente en terrible esclavitud. Pero se nos urge a evitar esta falsa libertad, y se nos da tres razones por las cuales esta falsa libertad es peligrosa.

De donde procede la falsa libertad

La falsa libertad es peligrosa debido a la fuente de donde procede. La falsa libertad procede de falsos maes-

tros. En dondequiera que se halla lo verdadero, también se halla lo falso. Dondequiera que se halla lo genuino, también se halla lo falsificado. Había falsos profetas en el pueblo de Israel, y habrá falsos maestros entre los creyentes en Cristo de hoy. Estos falsos maestros profesan creer en el Señor, y seguir la Palabra de Dios, y sin embargo la tuercen o la aplican de forma tan torcida, que lo que hacen es conducir a la gente a la esclavitud.

Nótese lo que Pedro dice en cuanto a estos maestros, por cuanto los identifica con claridad. En el versículo 1 estos falsos maestros introducen encubiertamente herejías destructoras. No actúan con honestidad. Trabajan solapadamente, y niegan al mismo Señor que murió por ellos. Esto no significa que esos falsos maestros sean salvos. De hecho, al final de este capítulo veremos que ellos no son ovejas; son como el perro o la puerca lavada; pero nunca han sido transformados en ovejas. Son creyentes falsificados. Son farsantes.

El versículo 10 dice que estas personas menosprecian la autoridad: «Y mayormente a aquellos que, siguiendo la carne, andan en concupiscencia e inmundicia, y desprecian el señorío. Atrevidos y contumaces, no temen decir mal de las potestades superiores.» Son gente soberbia, jactanciosa, que piensan que son los únicos que están en lo correcto. Niegan al Señor y desprecian la autoridad, contaminan todo lo que tocan, y andan en los deseos de la carne. En toda esta carta de Pedro se describe la maldad, impiedad, y pecado de estas personas. Por supuesto, la peor parte es que están engañados y a su vez son engañadores. Engañan a otros por cuanto ellos mismos están engañados. Es un cuadro trágico.

De acuerdo con el versículo 3, ellos usan «palabras fingidas». La palabra griega que se traduce «fingidas» (*plastos*) es la voz de donde obtenemos nuestro vocablo

«plástico». ¿Qué son palabras plásticas? Son palabras que pueden ser acomodadas o alteradas para que signifiquen cualquier cosa. Los falsos maestros usan nuestro vocabulario pero no nuestro diccionario. Cuando hablan de libertad, de salvación o de pecado, no definen esas palabras como nosotros las definimos. Para ellos las palabras son plásticas, son maleables, son moldeables.

«Por avaricia harán mercadería de vosotros,» dice el versículo 3. ¡Todo lo que quieren es hacer dinero! De hecho, en los versículos 14 y 18 se nos dice que ellos seducen a las personas. Engañan y seducen a las almas débiles. Hablan «palabras infladas y vanas». Estas gentes hacen mucha propaganda de sus mentiras a fin de hacer mercadería de los creyentes tiernos, y procuran extraviarlos. En el versículo 17 se los compara con pozos sin agua, y con nubes que prometen lluvia pero que no dan ninguna. El versículo 13 dice, en efecto, que «son inmundicias y manchas, quienes aun mientras comen con vosotros, se recrean en sus errores». Fingen ser creyentes, pero todo lo que quieren es usar la religión como un medio de ganar dinero y guiar a la gente al pecado.

Hay que estar alerta en contra de esta falsa libertad, debido a la fuente de donde procede. Procede de falsos maestros que desprecian la autoridad de la Palabra de Dios, tratando de contaminarlo a usted, de engañarlo, de conducirlo a la depravación. Lo seducirán con sus palabras plásticas, melosas y vacías. Son embaucadores religiosos.

Lo que ofrece la falsa libertad

Hay que estar prevenidos en contra de esta falsa libertad, no solamente por la fuente de donde procede, sino también por lo que ella ofrece.

Libertad sin responsabilidad

¿Qué es lo que le ofrecen a la gente? Le ofrecen *libertad sin responsabilidad*, y eso es algo muy peligroso. Cualquier cosa que le dé libertad sin que contribuya a incrementar su dominio propio lo llevará a la esclavitud y a la destrucción. El hijo pródigo quería libertad, pero no quería responsabilidad. No puede haber libertad verdadera sin responsabilidad. La libertad que no se ha ganado es algo peligroso y destructivo. Eso fue lo que Satanás les ofreció a nuestros primeros padres en el jardín del Edén: libertad sin responsabilidad. «¿Por qué hacerle caso a Dios? ¿Les ha dicho Dios que no coman de este árbol? Hagan uso de su libertad. ¡A nadie le importará!» (véase Gn. 3:1, 4, 5). ¡Cuidado con cualquiera que le ofrezca libertad sin responsabilidad!

Libertad sin ajuste de cuentas

También le ofrecen *libertad sin ajuste de cuentas*. Aducen que no habrá juicio alguno. «Dios no va a pedirle cuentas de esto», predicán. Algunas veces hasta usan la Biblia para enseñar sus perniciosas falsas doctrinas, y dicen algo así como: «Después de todo vivimos por gracia, ¿verdad? Somos salvos por gracia, y ya no estamos bajo la ley. Por consiguiente, podemos vivir como nos plazca.» Pablo contestó a semejante falacia diciendo: «¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera» (Ro. 6:1-2).

Libertad sin repercusiones

La gracia falsa lleva a una libertad falsa, y ésta, a su vez, tendrá su día de ajuste de cuentas. De modo que cuando los falsos maestros le ofrecen libertad sin responsabilidad, y libertad sin ajuste de cuentas, tam-

bién le están ofreciendo *libertad sin repercusiones*. Lo que le están diciendo es: «Bien puede usted hacer esto y aquello, que no le pasará nada». Pero *sí* le pasará algo. «La paga del pecado es muerte» (Ro. 6:23), y «el alma que pecare, esa morirá» (Ez. 18:4). Cualquier persona que deliberada, repetida y voluntariamente vive en el pecado, está demostrando que nunca ha nacido de nuevo.

Libertad sin contratiempos

También le ofrecen *libertad sin ningún contratiempo*. Le prometen que las cosas serán cada vez mejores, que al practicar el pecado su libertad será cada vez más amplia. Pero la verdad es que con el pecado las cosas *jamás* son cada vez mejores. ¡Son peores! El pecado empieza con una gran porción de placer, y termina con una enorme cantidad de dolor. Quienes viven en el pecado están en terrible esclavitud. Cada vez necesitan más y más pecado, pero lo disfrutan cada vez menos. El pecado esclaviza a quien lo practica.

A donde conduce la falsa libertad

Pedro nos da una tercera razón por la cual debemos evitar esta falsa libertad. Debemos huir de ella no solamente por la fuente de donde procede, o por la falsedad de lo que ofrece, sino también *por el destino a donde conduce*.

¿A dónde conduce? ¡A la esclavitud! En 2 Pedro 2:19 leemos: «Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció.» Están enredados y vencidos (v. 20). Tratan de usar esta doctrina de la falsa libertad para atraerlo a su secta o grupo religioso, de modo de poder hacer mercadería de usted.

Le roban, le explotan, le arruinan. La falsa libertad conduce a la esclavitud y al juicio.

Los creyentes no enfrentarán el juicio. «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Ro. 8:1). Pero muchos creyentes tienen que enfrentar terrible disciplina en esta vida. En mi ministerio he conocido un buen número de personas que han creído estas falsas doctrinas y que han empezado a vivir de acuerdo a esta falsa libertad, y he visto cómo Dios los ha castigado y los ha disciplinado. Estos falsos maestros atraen sobre sí mismos «destrucción repentina» (2 P. 2:1). Están reservados «para ser castigados en el día del juicio» (v. 9). Es peligroso vivir según esa falsa libertad, por cuanto conduce al sufrimiento, a la esclavitud y al castigo.

Pedro ilustra el juicio mencionando a los ángeles (v. 4). Satanás hizo caer a los ángeles, y ¿en dónde terminaron ellos? ¿En libertad? ¡No! Acabaron en esclavitud, en cadenas de oscuridad.

En el versículo 5 Pedro menciona al mundo antes del diluvio. La gente vivía en libertad. Disfrutaban de la vida e ignoraban a Dios. Luego vino el juicio. En los versículos 6 a 8 el escritor menciona a Sodoma y Gomorra, ciudades en donde la gente vivía según las inmundicias de la carne. No hay necesidad de entrar en detalles en cuanto a los horribles pecados que se practicaban en Sodoma y Gomorra. Pero, ¿les condujeron esos pecados a la libertad? ¡A donde les condujeron es a la esclavitud! En el versículo 4 Satanás hizo que los ángeles se extraviaran. En el versículo 5 vemos al mundo rechazando a Dios. En los versículos 6 al 8 vemos a Sodoma y Gomorra, y los pecados de la carne. En estos versículos podemos ver al mundo, a la carne y al diablo. Si usted vive para el mundo, la carne y el

diablo, usted vive en una libertad falsa, que le conducirá únicamente a la esclavitud, al castigo y a la destrucción.

Pablo hizo resonar la nota precisa en Gálatas 5:13: «Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros». Así es como debemos vivir. La verdadera libertad es una vida controlada por la verdad y motivada por el amor. Si usted desea disfrutar de verdadera libertad, sirva a los demás en amor. La libertad que da el pecado es esclavitud; pero ser esclavo de Cristo es verdadera libertad. No debemos usar nuestra libertad como excusa para pecar.

Quiero prevenirle nuevamente en contra de la libertad falsa. Los cristianos tiernos, que todavía no han echado suficientes raíces en la Palabra de Dios, necesitan que se les prevenga en contra de aquellos que quieren hacer mercadería de ellos. El maestro falso le incita a que haga oídos sordos a la Palabra de Dios, a que no se deje identificar con una iglesia que predica y enseña la Biblia. Le seduce para que se una a su grupo o secta, prometiéndole libertad, y ofreciéndole que podrá disfrutar de todas las cosas del mundo, de la carne y del diablo, sin tener que preocuparse por responsabilidad, ajuste de cuentas o repercusiones. Le promete que la vida será cada vez mejor, cuando en realidad es cada vez peor; aparte de que todo esto acarrea terrible castigo y disciplina del Señor. Es peligroso andar de acuerdo a esta falsa libertad. Jesús dijo: «Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres» (Jn. 8:36). La verdadera libertad es una vida controlada por la verdad y motivada por el amor.

¿Está usted involucrado en algún grupo falso, creyen-

do doctrinas equivocadas? Eso lo llevará finalmente al infierno. Solo la verdad permanece. «Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (v. 32).

Capítulo 3

Libertad de la ley

Qué quiere decir ser libre de la ley? «Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud» (Gá. 5:1). ¿Qué significa libertad de la ley, en lo que respecta al creyente? Ciertamente que no significa que el creyente tiene permiso para desobedecer la ley. Lo que significa es que nuestra relación a Dios no se basa en la ley mosaica sino en la gracia.

Tal vez la mejor manera de entender nuestra libertad de la ley es considerar siete diferentes cuadros que el Nuevo Testamento nos da de esa ley. Cada uno de ellos nos dice por qué fue dada la ley, lo que hizo el Señor Jesucristo, y luego lo que nos toca a nosotros hacer en nuestra relación a Cristo y a la ley.

La ley como yugo

En Gálatas 5:1 encontramos el primer cuadro de la ley. Allí se la presenta como un *yugo*. «Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud.» En

Hechos 15:10 leemos: «Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?» La gran pregunta que se debatía en Hechos 15 era si un gentil debía convertirse primero al judaísmo antes de poder entregarse a Cristo. Algunos legalistas en la iglesia decían que sí, que los gentiles debían sujetarse a la ley. Sin embargo, la conclusión a que se llegó fue que no; que no se debía poner a la gente debajo de tal yugo.

¿Por qué se compara a la ley con un yugo? ¿Para qué se usa un yugo? Se usa un yugo para uncir a ciertos animales, y poder controlarlos. La ley fue dada como un yugo para controlarnos. Algunos dicen que el ser humano es básicamente bueno, que el problema es realmente el medio ambiente, la economía, o la educación. Pero no; el ser humano es básicamente un pecador; tiene una naturaleza animal, a la cual debe mantener bajo control. Una de las razones por las cuales Dios dio la ley fue para controlar al ser humano. La ley jamás cambia a nadie. A pesar del hecho de que tenemos muchas leyes hoy en día, ¡muchas personas viven todavía como animales! Pero imagínese lo que sería el mundo si no hubiera leyes. Mientras conduzca a la derecha, y obedezca los límites de velocidad y las leyes de tránsito, soy libre para conducir mi auto por donde yo quiera. Pero si decido conducir el vehículo en sentido contrario al tráfico, o al doble del límite de velocidad, yo mismo me estoy privando de mi libertad, y necesito un yugo que me controle. La ley fue dada para ayudar a controlar la naturaleza animal del ser humano. En la ley Dios reveló su justo juicio, y también dio sus advertencias al ser humano; sin embargo, éste todavía se rebela contra Dios.

El Señor Jesucristo no solamente que llevó sobre sí el yugo de la ley, sino que también llevó en la cruz los

pecados del mundo. Él cumplió la ley. Gálatas 5:1 nos dice que hemos sido libertados por el Señor Jesucristo. Cuando usted está uncido al yugo, no puede estar de pie. Para poder llevar un yugo usted tiene que caer en sus cuatro extremidades. El yugo es una carga pesada e irritante. El yugo está en contra suya; pero sirve para controlarlo.

Jesús llevó sobre sí la maldición de la ley cuando murió en la cruz. Gálatas 3:13 dice. «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito. Maldito todo el que es colgado en un madero).» En lugar de llevar el yugo de la ley, los creyentes llevamos el maravilloso yugo de Cristo. En Mateo 11:28-30 Cristo dijo: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.»

En otras palabras, nosotros, como creyentes, hemos cambiado el yugo *externo* del legalismo por el yugo *interno* del amor. La relación que nos une a Cristo es una relación viva y de amor, y no nos molesta llevar su yugo por cuanto es hecho a la medida para cada uno de nosotros. Es preciso, es fácil y nos ayuda a ser libres. Eso es algo maravilloso. El yugo de la ley pone a la persona bajo esclavitud, pero el yugo de Cristo la liberta. El yugo de la ley solo produce zozobra y agonía, pero el yugo de Jesucristo trae paz a nuestra alma. Si usted es un creyente, no tiene por qué llevar el yugo de la ley. Eso es esclavitud. Jesús llevó en la cruz sus pecados. Allí Cristo fue hecho maldición por usted. Por consiguiente, tome su yugo, aprenda de Él, y disfrute del descanso que sólo Él puede dar.

La ley como guardián

El segundo cuadro de la ley se halla en Gálatas 4:1-5, en donde se compara a la ley con un *guardián*. «Pero también digo: Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo; sino que está bajo tutores y curadores [guardianes] hasta el tiempo señalado por el padre. Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo. Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiésemos a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos.»

Cuando Dios llamó a Israel, la nación era como un conjunto de niños, sin madurez espiritual. Los niños necesitan guardianes, tutores y curadores para que los cuiden. En los hogares griegos y romanos los esclavos eran quienes cuidaban de los niños pequeños. Los llevaban a la escuela, los traían de regreso a casa, y ejercían vigilancia sobre ellos. La ley era como un guardián que ejercía vigilancia sobre Israel durante su inmadurez.

Cuando nuestros hijos eran pequeños teníamos que cuidarlos. Era necesario imponerles reglas y reglamentos. Había algunas cosas que estaban definitivamente fuera de límites para ellos. Teníamos que decirles: «No cruces la autopista», «No te acerques a las escaleras que llevan al sótano», o «No dejes abierta esa puerta». Los niños necesitan guardianes por cuanto todavía no tienen madurez, y les falta el discernimiento de los adultos.

Cuando la nación judía alcanzó la madurez entonces les fue enviado el Salvador, el Mesías prometido. Dios quería conducirlos a una nueva relación. Quería redimirlos de la ley y darles la posición de hijos adultos. «Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo [la madurez de

la nación], Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos» (vv. 4-5). La palabra «adopción» lleva la connotación de «una posición de adultos en la familia». Los adultos no necesitan guardianes, ni tampoco necesitan criados o tutores que les dirijan, que les protejan o que cuiden de ellos. Cualquiera que se coloca bajo la ley está diciendo: «Quiero seguir siendo inmaduro». Si usted se coloca bajo el yugo de la ley es imposible que madure.

Cristo nos ha redimido de la ley. Ahora tenemos una posición de adultos en la familia; ya no somos niños pequeños. Ya no necesitamos reglas y regulaciones externas, por cuanto tenemos la vida de Cristo en lo interior. Gálatas 4:6, 7 dice: «Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo.»

Jesucristo murió en la cruz, resucitó y ascendió a los cielos. Luego envió al Espíritu Santo, el cual vive ahora en los creyentes. Tenemos dentro de nosotros al Espíritu de Dios, así que ya no necesitamos la ley como tutor o guardián externo. El Señor Jesús nos ha colocado en una posición de adultos en la familia. Es algo maravilloso saber que usted y yo tenemos una posición de adultos delante de Dios. Dios no nos trata ya como a chiquillos. Nos ha dado su Espíritu, y el Espíritu Santo clama: «¡Abba, Padre!» Nuestra relación con Dios no es la de un esclavo que obedece leyes; sino la de un hijo que muestra amor, respeto y obediencia.

La ley como una esclava

En Gálatas 4:21-31 se halla un tercer cuadro de la ley. Allí se la describe como una *esclava*. El pasaje refiere la

historia de Abraham y Agar (Gn. 16). Recordará que Abraham se impacientó mientras esperaba el hijo prometido. Sara sugirió a Abraham que tomara como mujer a Agar, su esclava. Abraham lo hizo así, y de esa unión nació Ismael; un niño que se llegó a convertirse en un serio problema. Cuando Isaac nació, pocos años más tarde, Ismael perseguía a Isaac y causaba problemas en la casa. Dios le dijo a Abraham: «Echa fuera a la esclava y a su hijo» (Gá. 4:30). El contraste es entre Sara y Agar. Sara era una mujer libre, Agar era una esclava.

Nótese lo que dicen los versículos 24 al 26: «Lo cual es una alegoría [una historia que tiene un significado espiritual escondido], pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar. Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud. Mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre.» Agar representa la Jerusalén terrena, en esclavitud, el pacto de la ley. Sara representa la Jerusalén celestial, el pacto de la gracia. Isaac nació como un hijo libre; Ismael nació como esclavo. Isaac representa nuestro nacimiento en el Espíritu; Ismael representa nuestro nacimiento en la carne.

Cuando nací la primera vez, nací con una naturaleza pecaminosa y, como Ismael, era rebelde y causaba problemas. Cuando nací de nuevo, nací con una nueva naturaleza (como el nacimiento de Isaac) por el poder de Dios. Esta nueva naturaleza me capacita para obedecer al Señor.

¿Qué fue lo que Dios dijo a Abraham? Gálatas 4:30 dice: «Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre». No podemos heredar nada por medio de la ley. La única

manera de heredar algo de Dios es nacer a la familia de Dios, y uno no puede nacer a la familia de Dios por medio de la ley. Debe nacer a la familia de Dios por el poder del Espíritu Santo. Abraham representa la fe, y Sara representa la gracia. Isaac, su hijo, nació por gracia por medio de la fe. Abraham, Sara e Isaac representan la vida espiritual. Agar e Ismael representan la vida vieja, la vida de esclavitud bajo la ley. Nosotros no somos hijos de la esclava, sino de la libre. Si usted es un creyente, su madre espiritual no es Agar. La ley no le engendró a usted. Fue el Espíritu de Dios quien le engendró y le hizo nacer. De cierto modo su madre espiritual es Sara, la Jerusalén celestial. Usted nació otra vez, nació del Espíritu, libre; usted no nació esclavo. De modo que lo único que podemos hacer es echar fuera a la esclava y a su hijo.

Cuando la ley se va, la carne tiene que irse también, porque el poder del pecado es la ley (véase 1 Co. 15:56). Cuando la ley dice: «¡No hagas eso!» mi vieja naturaleza dice: «¡Voy a hacerlo!» Cuando la ley dice: «¡Será mejor que hagas aquello!» yo respondo: «¡Oh, no! ¡No quiero hacerlo!» La vieja naturaleza *no conoce* ley, pero la nueva naturaleza *no necesita* ley. No estamos bajo la esclavitud de la ley. No nacimos esclavos. Nacimos libres. Nacimos bajo la gracia y, por consiguiente, ya no estamos bajo la esclavitud de la ley.

Abraham nunca debía haber tomado a Agar como mujer. Dios nunca casó a la ley con la gracia. La ley tiene su función. Me dice que necesito la gracia, me convence de pecado, y me dice que Dios es justo y que el pecado conduce a la muerte. Pero Abraham nunca debía haber tomado a Agar por mujer, y por eso Dios le dijo: «Echa fuera a la esclava y a su hijo» (Gá. 4:30). No estamos bajo el yugo de la ley, sino que llevamos el

yugo de Cristo. Ya no necesitamos guardianes o niñeras porque tenemos dentro de nosotros al Espíritu Santo. Somos hijos adultos en la familia. Nuestra relación no es con la esclava Agar. Somos libres porque hemos nacido de nuevo por el Espíritu del Dios viviente.

Capítulo 4

Libertad de la ley (continuación)

El Nuevo Testamento nos da siete cuadros de la ley. Ya hemos considerado tres de ellos. Continuemos con los restantes.

La ley como deuda por pagar

En Colosenses 2:14 encontramos el cuarto cuadro de la ley: *una deuda por pagar*. Si alguna vez usted le ha debido dinero a alguien, sabe lo que es una cuenta por pagar. Pablo se refiere a la obra de Jesucristo en la cruz cuando dice: «Anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz». Estábamos en deuda con la ley.

La ley estaba en contra de nosotros. Recuerde que la ley no fue dada para salvar a las personas. Fue dada para mostrar a los seres humanos que necesitaban ser salvos. La ley estaba en contra nuestra por cuanto revelaba el pecado. Nos era contraria por cuanto revelaba el juicio

santo y recto de Dios. La ley no solamente estaba contra nosotros, sino que nos era contraria. Esto nos conduce a algo todavía más profundo. *No podíamos* obedecerla. Sin importar cuánto nos esforcemos, no podemos obedecer la ley.

Tal vez usted diga: «Pero yo nunca he matado a nadie». Me alegro por ello; pero Jesús dice que si en su corazón hay odio contra alguien, es lo mismo que haberlo matado. Tal vez alguien diga: «Yo nunca me he inclinado ante un ídolo». Quizás sea cierto; pero, ¿tiene Cristo *el primer lugar* en su vida? ¿Hay algún otro dios que exige su fidelidad y obediencia? ¿A qué o a quién le está usted ofreciendo ofrendas y sacrificios? Es posible conformarnos exteriormente a las normas de la ley, en tanto que interiormente cometemos toda clase de pecados. La ley no solamente está *contra* nosotros, sino que nos es *contraria*.

«La ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno», dice Romanos 7:12. En ninguna parte de la Biblia se dice que la ley sea mala. *Nosotros* somos los malos. Si aquello que es santo, justo y bueno muestra cuán malos somos, ¿entonces realmente debemos ser malos! Dios no tiene que usar cosas *malas* para mostrarnos cuán malos somos. Él usa cosas *buenas* — tales como la ley — para mostrarnos cuán malos somos. Esto nos muestra hasta dónde llega la depravación del corazón humano.

De modo que nosotros teníamos una deuda que no podíamos pagar. Estábamos en total bancarrota. El Señor Jesús relató una parábola acerca de dos deudores (véase Lc. 7:40-50). El uno debía 500 denarios, y el otro 50. Un denario equivalía a la paga por un día de trabajo. Ninguno de los dos pudo pagar, pero el acreedor bondadosamente les perdonó a ambos. Nosotros

estábamos en completa bancarrota delante de Dios. Los pecadores tal vez no piensan que se hallan en bancarrota. Piensan que son ricos, pero a los ojos de Dios somos desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos. No tenemos nada en nosotros mismos. Nuestra justicia es como trapos de inmundicia (véase Is. 64:6). No podemos ni siquiera empezar a conformarnos a las normas de Dios. Entonces, ¿qué hizo Cristo? Él pagó nuestra deuda. Él anuló el acta de los decretos (Col. 2:14). En otras palabras, Cristo canceló la deuda. En los días de Pablo los documentos legales se escribían en pergaminos, y por tanto se podía usar agua o algún otro líquido para borrar, limpiar, o eliminar por completo lo que estaba escrito en aquel documento.

Cuando Jesús murió en la cruz, no solamente limpió lo que había estado escrito en el documento, sino que también clavó el documento mismo en la cruz. Lo eliminó. Algunas personas tratan de reinstalar a la ley en el centro de sus vidas. Cuando Jesús murió en la cruz, el velo del templo se rasgó en dos de alto a bajo. Esto significaba que ya no había división entre el ser humano y Dios. Por medio de la sangre de Cristo podemos llegar a nuestro Padre que está en los cielos. El camino está abierto. Todas las ceremonias ya han sido cumplidas, toda demanda de la ley ha sido satisfecha, toda deuda ha sido pagada. También Cristo derribó la pared intermedia que separaba a los judíos de los gentiles (véase Ef. 2:14). Ya no había más distinciones raciales. La ley que se les dio a los judíos nunca les fue dada a los gentiles. Aquella distinción racial quedó completamente borrada.

Jesús anuló el acta de los decretos que había contra nosotros. ¡Ya no estamos en deuda! Él la ha eliminado. La ley ya no es lo central en nuestras vidas. ¿Qué es lo

central, entonces? La cruz. Pablo dijo: «Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gá. 6:14). ¿Por qué obedecemos a Dios? ¿Acaso debido a la ley que se cierne sobre nuestras cabezas? No. Le obedecemos *debido a la vida que hay en nuestro corazón*. Nuestra deuda, o responsabilidad, no es cumplir la ley. Nuestra deuda es amar. Romanos 13:8 dice: «No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley». Colosenses 2:14 afirma que la deuda por pagar ha sido anulada y clavada sobre la cruz, y por lo tanto, ya no tenemos deuda alguna con la ley. ¿Significa eso que ya no tenemos ley alguna? ¡Por supuesto que no! Significa que la ley ha sido escrita en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado. La nueva naturaleza que tenemos interiormente nos da el deseo y el poder para obedecer a Dios y vivir de acuerdo a las normas rectas de la ley.

La ley como sombra

Al continuar en Colosenses 2 descubrimos un quinto cuadro de la ley: *una sombra*. Colosenses 2:16,17 dice: «Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo».

El problema en Colosas era que los creyentes habían recibido enseñanzas de algunos falsos maestros, los cuales mezclaban la ley y la gracia. Enseñaban que los creyentes tenían que obedecer las leyes del Antiguo Testamento que se referían a la alimentación, y observar las festividades anuales. Pablo les dijo: «No permitan que ellos les juzguen en cuanto a cierto día santo [las festividades anuales] o la luna nueva [la celebración

mensual] o el día de reposo [la celebración semanal]» (v. 16). Todos estos días especiales eran «sombra de lo que ha de venir» (v. 17).

La misma verdad se enseña en Hebreos 10:1: «Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan». La ley es sencillamente una sombra. Las realidades espirituales y celestiales son presentadas en figuras terrenales y físicas. El tabernáculo era una figura del tabernáculo de Dios en el cielo. Los sacrificios eran una figura física del sacrificio de Jesucristo. Cuando uno se coloca bajo la ley, está pasando de la luz a la sombra, está cambiando la realidad por la figura. Esto sería como si una recién casada expresara su amor al retrato de su esposo e ignorara al hombre mismo. Sería como un hijo o hija que expresa gran admiración y respeto al retrato de su madre o de su padre, y no muestra ningún cariño a los padres reales.

Estas cosas son «sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo» (Col. 2:17). Las sombras no duran mucho. Las sombras aparecen cuando una luz brilla desde detrás de algún objeto sólido. Los falsos maestros pensaban que los días de festividad, los días de reposo y las leyes en cuanto a los alimentos eran la realidad. Pero todo eso en verdad era nada más que sombras que apuntaban hacia la realidad. Toda realidad está en Jesucristo. Él es la verdad. Él es el Verbo. Dios ha puesto en Jesús toda la realidad que jamás necesitaremos. Cristo ha cumplido la ley. Por tanto, vivimos en la luz y no en la sombra. Cuando nos colocamos bajo la ley, no solamente que nos colocamos bajo un yugo de esclavitud, sino que también nos estamos volviendo

como niños (bajo el cuidado de un guardián); no solamente nos estamos colocando bajo una esclava y bajo una deuda por pagar, sino que también nos estamos poniendo bajo las sombras.

La ley como espejo

En Santiago 1 encontramos un sexto cuadro de la ley: allí se la compara con un *espejo*. Santiago 1:22–25 dice: «Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace.» La ley es un espejo que revela el pecado. Usted se contempla en el espejo y ve que su cara está sucia, *¡pero usted no lava su cara en el espejo!* El espejo le muestra que usted está sucio, pero el espejo no puede limpiarlo. La ley es el espejo de Dios para mostrarnos cuán sucios estamos. Cuando leo la Palabra de Dios, me doy cuenta de que soy un pecador y que por consiguiente necesito un Salvador.

Cuando usted conoce a Jesucristo como su Salvador personal, la Palabra de Dios se convierte en su espejo, de acuerdo a 2 Corintios 3:18: «Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor». Cuando el hijo de Dios se mira en la Palabra de Dios (el espejo) y ve al Hijo de Dios, es transformado por el Espíritu de Dios en la misma imagen de Dios para

la gloria de Dios. La ley jamás cambió a nadie; es solamente un espejo que nos muestra nuestro pecado. Si uno se pone bajo la ley, todo lo que puede hacer es mirar en el espejo y ver cuán sucio está. Eso produce culpabilidad y condenación, pero nunca le ayuda a mejorarse. Todo lo que hace es empeorar su situación.

La ley como marido

El cuadro final que consideraremos de la ley se encuentra en Romanos 7:1-4: allí se la compara con un *marido*. «¿Acaso ignoráis, hermanos (pues hablo con los que conocen la ley), que la ley se enseñorea del hombre entre tanto que éste vive? Porque la mujer casada está sujeta por la ley al marido mientras éste vive; pero si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido. Así que, si en vida del marido se uniere a otro varón, será llamada adúltera; pero si su marido muere, es libre de esa ley, de tal manera que si se uniere a otro marido, no será adúltera. Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios.»

Cuando una mujer se casa, adquiere una obligación permanente. Israel se había casado con la ley; había acordado obedecerla. La ley era como un marido, que *les daba direcciones y ejercía dominio sobre ellos*. Lo interesante es esto: Pablo no dijo que el marido murió; dijo que *nosotros* morimos. La ley no está muerta; está bien viva. La ley es santa, justa y buena. Nosotros somos los pecadores. Nosotros somos los que morimos. Tenemos una nueva relación con la ley debido a que hemos muerto. Cuando Jesús murió, nosotros morimos con Él. Cuando Cristo resucitó, nosotros resucitamos con Él. Por consiguiente, estamos muertos a la ley.

La ley no está muerta para nosotros. Si usted se coloca bajo la ley, descubrirá cuán poderosa es para condenarlo. Pero cuando recibe la salvación por Jesucristo, usted se une a Él en su muerte y en su resurrección. Esto significa que usted ha muerto a la ley. Usted ha resucitado para andar en una vida nueva. Usted está ahora casado, no a la ley, sino a Cristo. Su relación es ahora una relación de amor y vida, no de ley.

Pablo usó el matrimonio como una ilustración de nuestra relación a la ley: «Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra» (Ro. 7:6). ¿Puede usted imaginarse a un marido haciendo una lista de reglas y regulaciones para controlar a su esposa? ¡No! ¿Cómo edifica una pareja de esposos un hogar feliz? Por medio de una relación de amor, viva y creciente. Usted está casado con Cristo. Usted lleva su nombre, comparte su riqueza, y un día vivirá en su mansión. Usted disfruta de su amor. Tiene su protección. Participa de su futuro. Estamos casados con Cristo. No estamos casados con la ley. Hemos muerto a la ley. Hemos sido libertados de la ley. Por consiguiente, podemos andar en una vida nueva y servir en la novedad del Espíritu, porque no tenemos una relación de responsabilidad obligatoria e irritante. Lo que tenemos es una relación viva y de amor con un Salvador maravilloso, y Él es nuestro esposo.

¡Qué hermoso es estar unido a Cristo en vida y en amor pero no en la ley! Obedecemos a Cristo, no porque le temamos, sino porque le amamos. Le obedecemos, no porque nos amenace, sino porque nos bendice.

Hagamos un repaso de los siete cuadros de la ley: Ya no estamos bajo el yugo de la ley, ni controlados por

guardianes, ni relacionados a esclavas, ni con una deuda pendiente por pagar. No vivimos en sombras, ni miramos en un espejo que nos hace ver que estamos sucios. No estamos casados a un marido dominador. No. Lo que tenemos es una relación maravillosa, viva, con el Señor Jesucristo. Somos libres de la ley; libres para vivir por Él.

Capítulo 5

Libertad del pecado

Todo creyente tiene que batallar con tres enemigos: el mundo, el demonio y la carne. Estos tres enemigos proceden de nuestra vida vieja. Pablo describe esa vida vieja en Efesios 2:1-3: «Y Él os dio vida a vosotros, cuanto estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo [ahí está el mundo], conforme al príncipe de la potestad del aire [ese es el demonio], el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne [ahí está la carne]».

Antes de convertirme a Cristo vivía de acuerdo a los dictados de este mundo. Estaba bajo el control de Satanás, y vivía para satisfacer los deseos de la carne. Cuando me entregué a Cristo Él me libertó de estos enemigos, ¡pero ellos todavía, siguen siendo enemigos! Todavía me atacan y quieren derrotarme. Usted y yo tenemos que luchar para vencer a estos enemigos. Es maravilloso saber que Jesucristo ya ha hecho toda pro-

visión para que obtengamos la victoria. Por medio de Jesucristo podemos tener libertad de los pecados de la carne. Esto no quiere decir que podremos vivir una vida inmaculada y sin pecado, por cuanto «si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros» (1 Jn. 1:8). Pero si es posible vivir una vida de victoria sobre el pecado deliberado, si simplemente seguimos las instrucciones que Dios nos da en Romanos 6.

El tema de Romanos 6 es cómo dejar de hacer lo malo, cómo vivir en victoria sobre la carne. En ese capítulo Pablo nos da tres instrucciones muy sencillas: saber, considerar y presentar. En los primeros diez versículos habla de lo que debemos *saber*. Luego, en el versículo 11 habla de lo que debemos *considerar*, basándonos en lo que ya sabemos; y luego, en los versículos 12 al 23 nos dice que debemos *presentarnos*. Pablo da una instrucción para la mente: *saber*. Luego, da una instrucción para el corazón: *considerar*. Finalmente, da una instrucción para la voluntad: *presentarse*.

Lo que debemos saber

En los tres primeros capítulos de Romanos Pablo trata acerca del pecado, y llega a la conclusión de que el mundo entero es culpable delante de Dios. ¿Cuál es, entonces, la respuesta? La respuesta es la salvación por medio de la fe en Cristo Jesús, y de esto trata en los capítulos 4 y 5. En el capítulo 4 se refiere a Abraham, y muestra que el patriarca se salvó de la misma manera que toda otra persona: por fe. En el capítulo 5 Pablo retrocede hasta Adán, y señala que es debido a la caída de Adán que nos hallamos en el caos en que estamos. En Adán todos caímos; en Cristo todos podemos ser vivificados.

En este punto alguien pudiera presentar algunas

objecciones. (Nunca falta alguien que presente objeciones.) Pablo dijo: «Mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia» (Ro. 5:20). «Si somos salvos por gracia, por medio de la fe, sin necesidad de obras —aduciría el objetante,— ¿por qué no continuamos sencillamente pecando para que la gracia abunde más? Mientras más pequemos, más abundará la gracia, y así Dios será glorificado más.»

A menudo oigo de algunas personas que no creen que cuando la persona es salva, es salva para siempre. A esto se le conoce como la doctrina de la perseverancia de los santos. Algunos me escriben, diciéndome: «Hermano Wiersbe: Si se enseña que cuando una persona se salva, es salva para siempre, ¡lo que hará la persona es irse derecho a pecar!» En Romanos 6 Pablo trata precisamente de esa objeción. Él dice que necesitamos entender tres verdades fundamentales. Tenemos que saber algo en cuanto al pecado, algo en cuanto a la obra de Cristo en la cruz, y algo acerca de nosotros mismos.

Acerca del pecado

Necesitamos saber algo acerca del pecado. ¿Qué fue lo que Pablo dijo en este capítulo acerca del pecado? Dijo que *el pecado esclaviza*. El pecado siempre empieza con lo que parece ser libertad, pero invariablemente conduce a la esclavitud. A lo mejor usted está jugueteando con el pecado ahora mismo, o tal vez esté acariciando algún pecado que piensa cometer. Si usted es ya un creyente en Cristo, puede ser que en lo recóndito de su cerebro le está dando vueltas y vueltas a unas cuantas ideas de pecado. Déjeme advertirle que el pecado entra como un *invitado*; luego se convierte en un *amigo*, usted lo conoce y él lo conoce a usted. Luego el pecado se convierte en un *sirviente*. Le promete servirle

y darle placer. Pero después el sirviente se convierte en *amo*, ese amo se transforma en un *tirano*, y el tirano llega a ser un *destructor*. El pecado siempre empieza con lo que parece ser libertad, y acaba con destrucción y esclavitud.

«Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros» (Tit. 3:3). Así éramos antes de nacer de nuevo. La gente piensa que el pecado les está brindando un servicio, pero están equivocados. ¡Son ellos los que están sirviendo al pecado! Pablo nos dice muy claramente que el creyente ha sido «justificado del pecado» (Ro. 6:7), y que no debemos servir más al pecado (v. 6). Necesitamos tratar drásticamente con el pecado. Eso es lo primero que Pablo quería que supiéramos. Quería que supiéramos que el pecado es un tirano terrible que dominará nuestras vidas, si se lo permitimos.

Acerca de la obra de Cristo

En segundo lugar, *necesitamos saber algo acerca de la obra de Cristo en la cruz*. «Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con Él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con Él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él, para que el cuerpo del pecado sea

destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con Él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de Él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive» (Ro. 6:2–10).

Hay un contraste entre el énfasis de Romanos 5 y el del capítulo 6. En el capítulo 5 Pablo está tratando de la *sustitución*: Cristo murió por mí. Pero en Romanos 6 él trata de la *identificación*: yo morí con Él. En Romanos 5 Pablo dice que Jesús murió *por* el pecado, pero en Romanos 6 dice que Jesús murió *al* pecado. ¿Cuál es la diferencia? De acuerdo al capítulo 5 Jesucristo murió para tratar con la *pena* del pecado, pero de acuerdo al capítulo 6 Jesucristo murió para romper *el poder* del pecado. El capítulo 5 trata de la justificación, o sea, nuestra posición delante de Dios. El capítulo 6 trata de la santificación, o sea, nuestra victoria por medio del Señor Jesucristo. Tenemos una relación enteramente nueva con el pecado, debido a la obra del Señor Jesucristo.

Cuando usted confió en Jesucristo como su Salvador, el Espíritu Santo de Dios le bautizó a usted en el Cuerpo de Cristo. Este bautismo no ocurrió después de su conversión sino simultáneamente con ella (1 Co. 12:13). Todo creyente tiene el don del Espíritu Santo, y todo creyente se ha identificado con Cristo en su muerte, sepultura, resurrección y ascensión. Esta es la maravillosa verdad de Romanos 6. Por esto es que Pablo dice: «¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera» (vv. 1–2). Después de lo que hemos experimentado en Cristo Jesús, ¿cómo podremos continuar en el pecado?

Para empezar, estamos *mueritos al pecado* (v. 2). De acuerdo a Romanos 6:7, el viejo hombre ha sido crucificado: «Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado». El pecado no está muerto para mí; *soy yo el que está muerto al pecado*. El pecado está bien vivo, pero nosotros hemos mueritos al pecado por cuanto hemos sido sepultados con Cristo y resucitados a una vida nueva. Hemos sido crucificados con Cristo.

Hemos sido *libertados del pecado*. «Y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia» (v. 18). «Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna» (v. 22).

Entiéndase bien la nueva posición que el creyente tiene en Cristo. Si usted se ha entregado a Cristo, cuando Jesús murió usted murió en Él y con Él. Cuando Cristo resucitó, usted resucitó con Él a una vida nueva. Ahora usted está en Cristo Jesús y tiene una nueva relación con el pecado; usted está muerto al pecado. Su viejo hombre ha sido crucificado. Usted ha sido libertado del pecado, y, por consiguiente, tiene el privilegio de vivir en victoria sobre el pecado.

Acerca de usted mismo

En tercer lugar, *usted necesita saber algo acerca de usted mismo*. Debe escoger el amo o señor a quien va a servir. El doctor P.T. Forsyth, famoso predicador británico, solía decir que el propósito de nuestra vida no es hallar nuestra libertad, sino hallar nuestro señor. Cuando usted encuentra el señor o amo correcto, entonces tendrá la clase correcta de libertad. Si el pecado es su señor, entonces usted servirá a tal señor y llevará una vida de derrota, desesperación, desilusión y vacío. Pero si Jesucristo es su Señor, entonces usted tendrá una vida de

victoria y de vitalidad. Usted puede andar en una vida nueva, una vida maravillosa de gozo y victoria. Usted tiene que escoger el señor a quien va a servir.

Cómo debemos considerarnos

En Romanos 6:11 Pablo sigue diciendo: «Así también vosotros, consideraos mueritos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro». En su carta a los Romanos Pablo usa 19 veces el vocablo griego que aquí se traduce «consideraos». Algunas veces se lo traduce como «imputar» o «contar como». Esta es la segunda instrucción que nos da: *considerarnos mueritos*.

La clave para entender esta expresión está en el verbo «considerar». ¿Qué quiere decir esta palabra? En este caso significa fiarse, apoyarse, confiar en, tener seguridad, de que lo que Dios dice es verdad. Supongamos que yo le debo a usted veinticinco dólares, y que por correo le envío un cheque por esa cantidad. Usted recibe el documento, y dice: «¡Qué cheque más bonito! ¡Miren qué paisaje tan hermoso trae impreso!» Con esas, pone el cheque en su cartera, y nunca lo cobra. Usted no está considerando lo que ese cheque significa. Pero cuando va al banco, lo endosa y lo cobra, usted está demostrando que confía en lo que ese cheque representa; usted está «considerando». Usted en verdad está diciendo: «Tengo confianza en que lo que el hermano Wiersbe dice en este cheque es verdad. Tengo la seguridad de que hay dinero en el banco; por lo tanto, voy a cobrar mi dinero.»

¿Cómo sabe usted que murió con Jesucristo en la cruz? La Biblia lo dice así. Si alguien le pregunta cuántas cruces había en el monte del Calvario, usted contestaría: «Tres. Jesús estaba en la del medio, y había con Él dos ladrones, uno a cada lado.» ¿Cómo sabe que había

dos ladrones con Jesús en el Calvario? Porque la Biblia lo dice. Pues bien, la misma Biblia que dice que dos ladrones murieron con Jesús en el Calvario *también dice que usted ha muerto con Cristo*. Si usted da crédito a lo uno, tiene que creer también lo otro. Considerar simplemente significa creer que lo que la Palabra dice es verdad, y que es verdad en mi vida.

Considerarse, en este sentido, no significa tratar de hacer algo. Con frecuencia encuentro creyentes que se afanan por tratar de hacer algo o experimentar algo. Considerar es simplemente creer que lo que Dios dice en Romanos 6 es verdad. El pecado no ha muerto, sino que soy yo quien ha muerto al pecado. No tengo por qué tratar de hacer algo o tener alguna experiencia emocional. Simplemente debo creer en lo que Dios ha dicho. Eso es considerar. Considerar significa actuar por fe. Estoy unido a Cristo Jesús. La Palabra de Dios es verdad. La obra de Cristo está completa. Por lo tanto, lo que Dios dice en Su Palabra es verdad para mi vida.

¿Está usted considerándose en realidad muerto al pecado (eso es el aspecto negativo) pero vivo para Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor (esto es lo positivo)? La palabra clave aquí es el título «Señor». Jesucristo no es solamente nuestro Salvador, sino que también es nuestro Señor. ¿Está usted considerando esto así?

Permítame repasar lo que hemos estudiado hasta aquí. La primera instrucción que Pablo da en Romanos 6 es que debemos *saber*: debemos saber algo acerca del pecado (nos esclaviza), algo acerca de la obra de Cristo (Él nos ha libertado), y algo acerca de nosotros mismos (debemos escoger nuestro Señor). La segunda instrucción es que debemos *considerarnos muertos*. Esto es una acción del corazón, y quiere decir creer que lo que Dios dice en su Palabra es verdad para mi vida.

Capítulo 6

Libertad del pecado (continuación)

En Romanos 6 Pablo dio tres instrucciones a los creyentes: saber, considerarse y presentarse. Si seguimos estas tres instrucciones, tendremos victoria sobre la carne.

Lo que debemos presentar

La tercera instrucción de Pablo es *presentarnos*. «No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia» (Ro. 6:12-13).

Nótese que Pablo hace una distinción entre el *pecado* y el *cuerpo*. De cuando en cuando recibimos una carta que pregunta si el cuerpo es pecaminoso o no. No, el cuerpo no es pecaminoso. El cuerpo es neutral. Sin

embargo, hay una fuerza que trabaja desde dentro del cuerpo (que la Biblia llama carne, o el viejo hombre), que nos incita a usarlo en una manera pecaminosa. En el versículo 12 Pablo empieza con una admonición dirigida a la voluntad: «No reine». Mi mente debe *saber* la verdad, mi corazón debe *considerar* esa verdad, pero mi voluntad debe *actuar* de acuerdo a esa verdad. «No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias».

El pecado llega como un huésped invitado y pronto llega a ser amigo. Después el amigo se convierte en sirviente, y el sirviente se transforma en patrón, señor o amo. Usted piensa que tiene el pecado bajo control, pero en realidad es usted quien está controlado por el pecado. «Ni tampoco presentéis vuestros miembros [las partes de nuestro cuerpo] al pecado como instrumentos de iniquidad» (v. 13). La palabra griega que se traduce «instrumentos» significa también armas. También se la aplica a las herramientas. Mis manos, mis pies, mi lengua, es decir, las varias partes de mi cuerpo físico, pueden ser usadas por el pecado para obrar la iniquidad, o pueden ser usadas por Dios para obrar la justicia. El cuerpo en sí mismo es neutral. Si el pecado es su señor, entonces usted vivirá en iniquidad e injusticia. Si Cristo es su Señor, entonces usted vivirá en santidad. «Sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia» (v. 13).

Pablo estaba hablando de un sacrificio vivo, un sacrificio vivo de entre los muertos. Nuestro Señor Jesucristo está en el cielo con un cuerpo glorificado. Él es un sacrificio vivo, por cuanto en su cuerpo glorificado Él lleva las marcas del Calvario. La únicas obras del ser humano válidas en el cielo son las heridas del cuerpo del Señor

Jesucristo. Jesús es un sacrificio vivo. En el Antiguo Testamento Isaac fue un sacrificio vivo. Isaac se presentó a sí mismo a su padre, y voluntariamente se puso sobre el altar del sacrificio. Fue atado y prácticamente sacrificado. Dios impidió que Abraham matara a su hijo. Pero en lo que atañe a Dios, Isaac ya había muerto y fue (en cierto sentido) resucitado de entre los muertos. Isaac fue librado y se convirtió en un sacrificio vivo.

Pablo aplicó la misma verdad en el capítulo 12 de Romanos. Los versículos 1 y 2 son tan familiares que a veces no los tomamos suficientemente en serio, o los damos por sentado. Allí Pablo usa la misma palabra griega que usa en Romanos 6. «presentarse»: «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional».

Nuestros cuerpos

Dios quiere que le presentemos nuestros cuerpos. Esto suena algo ordinario, y sin embargo es una de las cosas más espirituales que podemos hacer. Si Dios va a usar a una persona, debe tener el cuerpo de esa persona. Cuando Jesucristo vino a redimirnos tenía que tener un cuerpo. Para poder llevar su mensaje de salvación a un mundo impío Jesús necesita de un cuerpo: Su iglesia. Dios puede usar mis manos para escribir cartas. Puede usar mis pies para visitar hogares. Puede usar mis labios para proclamar el mensaje de verdad. Por eso usted debe cuidar bien de su cuerpo: ¡es la única herramienta con que usted cuenta! Sería insensato que una persona echara arena en el tanque de gasolina del automóvil. Arruinaría el vehículo. Pues bien, algunas personas hacen cosas insensatas con sus cuerpos. Dios quiere su cuerpo como un sacrificio vivo, como un sacrificio com-

pleto presentado a Él. Así como Jesús entregó su cuerpo en la cruz por usted, así Dios quiere que usted le presente a Él su cuerpo en el altar.

Nuestro entendimiento

Pablo continúa, y dice: «Sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento [o mente]» (Ro. 12:2). Debo presentarle a Dios no solamente mi cuerpo, sino *que también debo entregarle mi entendimiento, mi mente*. ¿Por qué? Por cuanto mi mente controla mi cuerpo. Usted hace lo que usted piensa. Tal vez diga: «Pero yo he pensado algunas cosas que nunca he hecho». Puede ser; sin embargo, si usted continúa pensando en ellas lo suficiente, acabará haciéndolas. «Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él», dice Proverbios 23:7. «No os conforméis a este siglo» dice Romanos 12:2. No hay que pensar de la manera en que el mundo piensa. «Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado» (Sal. 1:1).

Nuestra voluntad

«No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» (Ro. 12:2). *Dios también quiere mi voluntad*. Dios quiere que le entreguemos nuestro cuerpo, nuestra mente o entendimiento, y también nuestra voluntad. Quiere que lo hagamos porque le amamos. Dios quiere nuestro corazón. Debido a todo lo que Dios ha hecho por usted, usted debería alegremente entregarse a Él.

Resultados de presentarse

Cuando nos presentamos a Dios ocurre algo maravilloso: *Logramos la victoria sobre el pecado*. Romanos 6:14 dice: «Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia».

¿Qué tiene que ver la ley con la victoria? Según 1 Corintios 15:56 el poder del pecado es la ley. Romanos 7 nos enseña que la misma ley que me dice lo que no debo hacer, me empuja a desear hacerlo. La ley es buena, pero yo soy pecador. La ley nunca cambia la naturaleza de una persona. La ley no puede controlar el pecado, ni tampoco puede cambiar al pecador. ¿Qué es lo que hace la ley? Revela el pecado. El poder del pecado es la ley. En el instante en que usted le dice a un niño: «¡No hagas eso!» el chiquillo empieza a buscar la manera de hacerlo. ¿Por qué? Porque tiene dentro de sí una naturaleza que no quiere obedecer la ley.

Cuando nos presentamos, o nos entregamos a Dios Él llega a ser el Señor de nuestras vidas. Le damos nuestro cuerpo, nuestra mente, nuestra voluntad y nuestro corazón. Permitimos que la Palabra de Dios transforme nuestro entendimiento, y Él lo transforma por medio de su Palabra. Nos guía por su Espíritu, y nos convertimos en siervos de Dios. Es maravilloso ser libertado de la vieja vida, y andar en lo que la Biblia llama una «vida nueva». «Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia» (Ro. 6:17-18).

De seguido Pablo hace una aplicación de lo antedicho: «Hablo como humano [o sea, estoy usando una ilustración humana], por vuestra humana debilidad; que así como para iniquidad presentasteis vuestros miem-

bro para servir a la inmundicia y a la iniquidad [es decir, antes de entregarse a Cristo ustedes presentaban sus cuerpos al pecado], así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia. Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia (vv. 19–20). Pero esta libertad acerca de la justicia era algo terrible. ¿verdad? Eramos libres de la justicia, pero éramos esclavos del pecado, y no podíamos hacer las obras de la justicia. Ahora estamos en Cristo Jesús, justificados en Él; por consiguiente, podemos ser libres del pecado.

En el versículo 21 Pablo formula una pregunta importante: «¿Pero qué fruto tenáis de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis?» Vale la pena pensar en esto. ¿Ha dicho alguna vez: «Me encantaría regresar a mi vida vieja»? ¿Espero que no! ¿Qué bendición obtuvo de su vida vieja? ¿Se ha olvidado acaso lo que era vivir bajo la esclavitud del pecado? La próxima vez que se sienta tentado a regresar al mundo o a servir a la carne, simplemente recuerde lo que usted era antes. En Deuteronomio Dios les dijo a los hebreos que recordaran con frecuencia que anteriormente habían sido esclavos en Egipto. El caso era que cuando los israelitas se acordaban de Egipto, pensaban solamente en las cebollas, los puerros y los ajos. Recordaban solo las cosas buenas. Habían echado al olvido los capataces, las cadenas y la esclavitud. «¿Pero qué fruto tenáis de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna» (Ro. 6:21–22). ¿Qué cosa maravillosa: producir fruto para santificación, y tener una vida fructífera! ¡Ahora que estamos

en Cristo, y que nos hemos presentado a Él, podemos producir fruto!

«Porque la paga del pecado es muerte», nos dice Romanos 6:23. Pablo no dirigió estas palabras a un grupo de inconversos reunidos en una taberna. Las escribió a los creyentes en una congregación local. Sansón descubrió que la paga del pecado es muerte. Cuando el creyente juega con el pecado, el pecado se convierte en su señor y amo; luego el pecado se convierte en un tirano, y finalmente llega a ser su destructor. El rey Saúl descubrió eso. Hubo creyentes en Corinto que habían pecado, y Dios tuvo que quitarles la vida. «Hay pecado de muerte», se nos dice en 1 Juan 5:16. Si usted trabaja para el pecado, recibirá la paga que el pecado da; y la paga del pecado es muerte. Pero si trabaja para Dios, si se ha presentado usted mismo a Dios, entonces «la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro» (Ro. 6:23). ¡Escoja!

Saber. ¿Saber qué? Saber que el pecado esclaviza; saber que si usted ya se ha entregado a Jesucristo Él le ha libertado de esa esclavitud; y saber que usted debe escoger su señor.

Considerar. Considerar que lo que Dios dice en su Palabra es verdad. Creerlo de todo corazón.

Presentar. Presentar su cuerpo, su entendimiento, su voluntad y su corazón a Dios. Permita que el Espíritu Santo obre en su vida, para que usted pueda vencer la carne y producir fruto para Dios. Esto quiere decir que hay que presentarse diariamente. Algunas veces significa batallar contra el pecado. No estamos hablando de una decisión que de una vez por todas le coloca a usted en un plano tan elevado que jamás volverá a ser tentado. Lo más probable es que usted tenga algunas caídas ocasionales. Si usted cae, entonces vuelva a levantarse, y

dígale: «Señor, lo lamento mucho. Por favor, perdóname.» Él le perdona, y usted empieza a marchar de nuevo hacia adelante.

«La vida victoriosa del creyente», decía Alejandro Whyte «es una serie de nuevos comienzos.» Cuando usted invierte tiempo leyendo y meditando en la Palabra de Dios y en la oración, cuando usted pase en compañerismo y comunión con otros creyentes, usted descubrirá que va creciendo en la libertad cristiana. Cuando Jesús murió por usted, murió no solamente por rescatarlo del *castigo* del pecado, el cual es la muerte eterna, sino que murió también por rescatarlo del *poder* del pecado. Mi oración es que todos nosotros podamos experimentar esta vida maravillosa de fruto y libertad, para la gloria de Dios. El Señor Jesucristo no murió para convertirme en un esclavo. Murió para hacerme su hijo.

Le invito a meditar en Romanos 6, y a notar estas tres instrucciones sencillas: *saber, considerar, y presentarse*. Luego, preséntese usted mismo diariamente a Dios. Su libertad en Cristo le libertará del pecado, y usted tendrá la victoria sobre el Tentador, para la gloria de Dios.

Capítulo 7

Libertad de los seres humanos

Es peligroso cuando los líderes religiosos se convierten en dictadores, o cuando nos hacemos esclavos de los hombres. «No que nos enseñoreemos de vuestra fe —escribía el apóstol Pablo— sino que colaboramos para vuestro gozo» (2 Co. 1:24). En 1 Corintios 7:17–24 Pablo asentó el principio básico de que no debemos hacernos esclavos de ningún ser humano.

«Pero cada uno como el Señor le repartió, y como Dios llamó a cada uno, así haga; esto ordeno en todas las iglesias. ¿Fue llamado alguno siendo circunciso? Quédese circunciso. ¿Fue llamado alguno siendo incircunciso? No se circuncide. La circuncisión nada es, y la incircuncisión nada es, sino el guardar los mandamientos de Dios. Cada uno en el estado en que fue llamado, en él se quede. ¿Fuiste llamado siendo esclavo? No te dé cuidado; pero también, si puedes hacerte libre, procúralo más. Porque el que en el Señor fue llamado

siendo esclavo, liberto es del Señor; asimismo el que fue llamado siendo libre, esclavo es de Cristo. Por precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los hombres. Cada uno, hermanos, en el estado en que fue llamado, así permanezca para con Dios» (1 Co. 7:17-24).

Examinemos este asunto de ser libres de las personas, desde tres diferentes aspectos.

El escenario

En primer lugar, consideremos *el escenario*. Si no entendemos el escenario del pasaje, arribaremos a interpretaciones falsas. Pablo considera algunos problemas que había entre los creyentes en Corinto debido a que ellos estaban abusando de su nueva libertad. La iglesia en Corinto estaba compuesta de personas que habían vivido anteriormente en terribles pecados. Muchos de ellos habían estado involucrados en prácticas perversas, pero ahora tenían la libertad en el Señor Jesucristo.

Gálatas 3:28 es un versículo clave que nos ayuda a entender lo que ocurría en Corinto. «Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.» Los creyentes corintios habían aprendido esta verdad, pero la estaban llevando a los extremos. Estaban haciendo uso de su libertad al punto de libertinaje.

Por ejemplo, decían: «Cuando alguien recibe la salvación, y está en Cristo Jesús, ya no hay varón ni mujer; por consiguiente, nuestros matrimonios quedan abolidos». En 1 Corintios 7:1-16 Pablo explicó la relación matrimonial cristiana. Cuando una persona se convierte en creyente la relación matrimonial no se borra ni elimina; antes bien, la experiencia con Cristo le da a esa persona un nuevo potencial para la victoria y bendiciones en esa misma relación matrimonial. Las mujeres en la

congregación en Corinto estaban llevando su libertad demasiado lejos; y los hombres no se les quedaban atrás.

Otro problema que había en Corinto tenía que ver con la distinción de nacionalidades, como se puede notar en el pasaje de 1 Corintios 7:17-20. Los judíos que llegaban a ser salvos querían ser como los gentiles, y trataban de borrar de su cuerpo la marca del pacto, o sea, la circuncisión. Por otro lado, los gentiles querían ser como los judíos. Pablo dice que en Cristo no hay judío ni gentil, pero eso no quiere decir que se borra nuestra nacionalidad. Cuando uno llega a ser salvo, la nacionalidad no cambia. La salvación no depende ni tiene nada que ver con la nacionalidad. En Cristo «ya no hay judío ni griego» (Gá. 3:28).

Otro problema había surgido en relación con la esclavitud. Algunos esclavos se habían convertido a Cristo, y decían: «Si somos libres en Cristo, ya no somos esclavos; por lo tanto, ya no tenemos que obedecer a nuestros amos». Pablo trata del problema en los versículos 21 y 22 de 1 Corintios 7; y les dice: «Tengan cuidado con la forma en que usan su libertad. La salvación no borra de un plumazo la situación social en que se vive.» Ellos se sentían tentados a ignorar sus obligaciones y sus relaciones sociales. Pablo les dijo que si se presentaba la oportunidad para conseguir la libertad, que la aprovecharan; pero debían usarla para la gloria de Dios, y no para sus propios propósitos egoístas.

En Jesucristo no hay judío o gentil, pero la salvación no cambia el origen racial o el país natal de una persona. En Jesucristo no hay esclavo ni libre, pero la salvación no borra las relaciones sociales o la situación económica de la persona. La salvación nos provee de potencial para aprovechar al máximo cualquier situación. La sal-

vación es un cambio *espiritual*. Puede producir cambios en el hogar, en el trabajo, o en la sociedad. Pero Dios no obra de afuera hacia adentro; Dios obra de adentro para afuera. Pablo tuvo mucho cuidado en este asunto, y por eso les dijo a los corintios que no debían abusar de su libertad en Cristo Jesús y convertirla en una vida licenciosa.

El significado

Ahora veamos *el significado* del pasaje. Pablo asienta aquí un principio fundamental que lo da a todas las iglesias; esto es: *quédense donde están, y dejen que Dios haga los cambios*.

«Pero cada uno como el Señor le repartió, y como Dios llamó a cada uno, así haga. . . . Cada uno en el estado en que fue llamado, en él se quede. . . . Cada uno, hermanos, en el estado en que fue llamado, así permanezca para con Dios» (1 Co. 7:17, 20, 24). Quédense donde están. No traten de efectuar muchos cambios radicales inmediatamente. Dejen que los cambios broten desde adentro. Pablo nos recordó que somos libres, pero que no somos independientes. Ningún creyente puede ser independiente de otros cristianos; *pero asimismo ningún creyente debe ser súbdito de otros*. En otras palabras, ningún pastor debe ser dictador espiritual en la vida de las personas de su congregación. Ningún maestro de escuela dominical debe convertirse en dictador espiritual en las vidas de los miembros de su clase. Jesús nos advirtió que a ninguna persona en esta tierra llamemos padre espiritual (véase Mt. 23:8-12). Es verdad que las personas que nos condujeron a Cristo son en cierto sentido nuestros padres espirituales (1 Co. 4:15), pero no al punto de ser dictadores en nuestras vidas. Los esclavos debían considerarse libres en Cristo, pero con-

tinuaban en su condición de esclavos. Los amos o señores debían considerarse esclavos de Cristo, pero todavía seguían en su posición de dueños y señores. El creyente es libre del dominio de otras personas, pero eso no lo hace independiente. Su experiencia con Cristo no debe ser causa para que usted realice súbitamente toda clase de cambios radicales. Deje que los cambios provengan desde adentro.

Somos llamados por Dios

Pablo presentó cuatro argumentos para probar que debemos continuar como estábamos, y dejar que Dios ejecute los cambios desde adentro. En primer lugar, *somos llamados por Dios*. «Como Dios llamó a cada uno» (1 Co. 7:17). Esta idea se repite en los versículos 18, 20, 21, 22 y 24. De hecho, la palabra «llamó» o «llamado» se usa nueve veces en este pasaje. Pablo concluye diciendo: «Cada uno, hermanos, en el estado en que fue llamado, así permanezca para con Dios» (v. 24). Esto no quiere decir que si le ofrecen una promoción en su empleo usted debe rechazarla. Lo que Pablo está diciendo es que no debe tratar de hacer una gran cantidad de cambios radicales solamente porque se ha convertido en un creyente. Deje que Dios haga los cambios. Usted ha sido llamado por Dios.

El Señor repartió

En el versículo 17 leemos: «Pero cada uno como el Señor le repartió». La palabra «repartió» significa que algo le ha sido asignado. Nuestro lugar en la sociedad, nuestro empleo, nuestros dones son asignados por Dios. Este es el segundo argumento que presenta Pablo. Usted ha sido llamado por Dios, y *Dios le ha asignado algo*. Algunos esclavos tal vez podrían aducir: «No alcanzo a

comprender cómo el ser esclavo sea un don de Dios». No nos toca a nosotros argüir o debatir. Dios sabe lo que hace, y cuando Dios quiera efectuar cambios, Él los hará. No debemos andar corriendo de un lado para otro tratando de hacer toda clase de cambios radicales, simplemente porque nos hemos convertido a Cristo. Pero eso no significa que debamos abstenernos de tratar de mejorar nuestra condición. Nadie quiere permanecer en una situación difícil; pero si tal es el lugar que Dios nos ha asignado, debemos aceptarlo como la voluntad de Él hasta que Él lo cambie. Sin embargo, como Pablo les dice a los esclavos, si se presenta la oportunidad para mejorar la situación, debemos aprovecharla. Pero hay que asegurarse de que los cambios son hechos por Dios.

Pertenecemos a Dios

El tercer argumento es presentado en 1 Corintios 7:23: «Por precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los hombres.» *Usted pertenece a Dios.* El valor de un objeto se mide por el precio que se paga por él. Es asombroso lo que algunas personas pagan por ciertos objetos. ¡Jesús derramó su sangre por nosotros! Eso nos muestra cuán valiosos somos para Dios. «Por precio fuisteis comprados.» Usted pertenece a Dios; Él le compró. Por consiguiente, «no os hagáis esclavos de los hombres». El esclavo pertenece a la persona que lo ha comprado. Nosotros hemos sido comprados por Cristo; por lo tanto, debemos servirle a Él.

Debemos permanecer con Dios

En el versículo 24 Pablo presenta el cuarto argumento: «Cada uno . . . así permanezca para con Dios». *Debemos permanecer con Dios.* Si usted está en el lugar que Dios le ha colocado, haciendo el trabajo que Dios

quiere que usted haga, entonces está permaneciendo con Dios. Si usted se rebela contra la voluntad de Dios, deja de permanecer con Él. Si no permanecemos con Dios, no podemos llevar fruto espiritual. De modo que el argumento es sencillamente así: quédese en donde está. Deje que Dios haga los cambios, por cuanto Él es quien nos asigna nuestro ministerio en la vida.

La aplicación

El tercer aspecto de la libertad de los hombres es *vivirla*. ¿Cómo podemos, usted y yo, aplicar prácticamente esta verdad en nuestra vida?

Me temo que muchas personas viven como esclavos de otros. Tienen temor de otras personas. Proverbios 29:25 dice que el temor de los hombres es como un lazo. No debemos abogar por una total independencia de otras personas. Nunca debemos decir: «No me importa lo que ellos sienten o piensan». *Debemos preocuparnos, pero no debemos caer en el servilismo.* No debemos hacernos esclavos de la opinión de otras personas.

A mí me toca enfrentar este problema semana tras semana. Hay personas que me llaman por teléfono o me escriben, y quieren que vaya a alguna reunión en sus iglesias para predicar. En la mayoría de las ocasiones me toca decir que no. Simplemente no me es posible estar en todas partes, y todavía cumplir con mi trabajo. Algunos incluso me dicen que Dios les ha dirigido a invitarme. Resulta extraño que el Señor dirija a seis personas diferentes a que me inviten a estar en seis lugares diferentes al mismo tiempo. El Señor sabe que no puedo estar en seis lugares distintos a la vez. Si yo tuviera temor de la gente, o si tratara sencillamente de complacer a las personas, acabaría en el hospital.

Debemos tener mucho cuidado, no sea que nos halle-

mos sirviendo a la gente en lugar de servir a Dios. Si estamos sirviendo a Dios como debemos, hallaremos que también estamos sirviendo a la gente. Siempre hay tiempo para hacer la voluntad de Dios. Pablo dijo: «Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús» (2 Co. 4:5). Pablo no dijo: «Nosotros como vuestros siervos por *amor de nosotros*, ni por *amor de ustedes*,» sino que dijo: «por amor de Jesús».

Una palabra dirigida a los miembros de las iglesias. Su pastor no es su esclavo. Algunos dicen: «Si el pastor no me complace, dejaré de asistir a esta iglesia». Una actitud así demuestra únicamente una falta total de madurez. Su pastor no está allí para ser esclavo de toda la gente. Él es un siervo de Dios. En algunas ocasiones tendrá que decirle a usted que no. Cuando yo servía como pastor en una iglesia, muchas personas me invitaban para comer, o para alguna actividad o algún evento. Muchas veces tuve que decirles: «Lo lamento mucho, pero no puedo concurrir». Algunos se enfadaban. Pero yo tenía que cumplir con mi trabajo. Tenía que meditar, que orar y que preparar sermones. Tenía que vivir de acuerdo a lo que se me había encomendado que hiciera.

No debemos hacernos esclavos de *los mandamientos de los hombres*. En Mateo 15:9 el Señor Jesús nos indicó que hay hombres que enseñan sus ideas como si fueran doctrinas o mandamientos. Hay demasiada tradición eclesiástica en nuestros días. Las iglesias tienen muchas tradiciones inventadas por los seres humanos, que no cuentan con el más mínimo respaldo de la Palabra de Dios.

En Juan 5:41–44 Jesús nos advirtió en contra de *la gloria de los hombres*. «Gloria de los hombres no reci-

bo. Mas yo os conozco, que no tenéis amor de Dios en vosotros . . . ¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?» Hay que cuidarse de la lisonja de otros. Me temo que muchos obreros cristianos a menudo todo lo que desean es complacer a las personas y recibir su gloria, y quizás hasta recibir un título de alguna universidad, o ser elegido para algún cargo de importancia. Esto es peligroso.

En Gálatas 1:10–12 Pablo nos advirtió en cuanto a *la autoridad de los hombres*. Mi pastor tiene cierta autoridad sobre mí, y también el gobierno tiene autoridad sobre mí. Pero Pablo nos advirtió que no permitamos que la gente dicte lo que debe ser nuestro ministerio, así como que no tratemos de agradar a la gente en nuestro ministerio. «Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo» (Gá. 1:10). La declaración es clara y contundente. Algunas personas se agachan lo que sea necesario con tal de complacer a otras personas, inclinándose ante la autoridad de éstas; pero al hacerlo, ya no están sirviendo a Dios.

Tenga cuidado de *la sabiduría de los hombres* (1 Co. 2:5). Asegúrese de seguir la sabiduría de Dios. También hay que cuidarse del *temor de los hombres*. En Mateo 10:24–28 Jesús explicó que todo lo que la gente puede hacer es matar el cuerpo, pero que Dios puede destruir el cuerpo y el alma en el infierno.

No se incline ante los mandamientos y tradiciones de los hombres. No viva buscando la alabanza de otras personas, ni tampoco se deje subyugar por la autoridad dictatorial de otras personas. Tenga cuidado de no permitir que otras personas le digan como vivir la vida o cumplir

su ministerio. Tenga cuidado de la sabiduría de la gente. No le tema a los seres humanos. En otras palabras: «Por precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los hombres» (1 Co. 7:23).

Es maravilloso descubrir esta libertad de la gente, y no preocuparse por si uno agrada a la gente, o si uno les desagrada, si aprueban o desaprueban nuestro ministerio. Si usted está haciendo la voluntad de Dios, de acuerdo a la Palabra de Dios, en el poder del Espíritu de Dios, y para la gloria de Dios, entonces usted es un siervo de Dios. «Por precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los hombres» (v. 23).

Capítulo 8

Libertad del pasado

No podemos cambiar el pasado, pero podemos ser cambiados por el pasado. Mucha gente se deja controlar por pecados pasados, errores pasados o fracasos pasados. El pasado debe ser como un timón que nos dirige, y no como un ancla que nos impide avanzar. En 1 Timoteo 1:12–17 Pablo se refiere a su relación a su pasado.

«Doy gracias al que me fortaleció, 'a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio, habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad. Pero la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús. Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en Él para vida eterna. Por tanto, al Rey de los siglos, invisible

ble, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.»

Pablo podía mirar a su pasado, y a pesar de sus errores, dar gloria a Dios. Pablo no se dejaba apabullar por sus fracasos, pecados o errores pasados. Nosotros tenemos que aprender cómo ser libres de nuestro pasado. Alguien ha dicho que la mayoría de las personas en el mundo viven crucificadas entre dos ladrones: el temor del futuro y la lamentación del ayer. ¡Cuántas personas arrastran una pesada carga de lamentaciones y fracasos pasados! ¿Cómo podemos ser libertados de la tiranía del pasado? Necesitamos dar algunos pasos definitivos, todos basados en las Sagradas Escrituras.

Aceptar el perdón de Dios

En primer lugar, *debemos aceptar el perdón de Dios*. Pablo dijo: «Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1 Ti. 1:15). Pablo no se hacía ilusiones respecto de sí mismo. Sabía que lo que había hecho estaba mal. Había sido blasfemo, y había obligado a otros a blasfemar. Había dicho que Jesús era un impostor y que no era el Mesías prometido; y había obligado a otras personas, por la fuerza, a repetir tal aseveración. Pablo había sido un perseguidor. Había sido injurioso, petulante e insolente. Había sido lo que en nuestros tiempos modernos llamaríamos un camorrista o un matón.

Sin embargo, Pablo obtuvo misericordia. Menciona la misericordia en el versículo 13 y luego en el 16. «Pero por esto fui recibido a misericordia» (v. 16). En el versículo 14 habla de «la gracia de nuestro Señor». También menciona la *fe* y el *amor* en Cristo Jesús. En otras palabras, Pablo llegó al punto de aceptar el perdón

de Dios. Confesó que era un pecador. Admitió haber hecho lo malo. Confió en la gracia y la misericordia de Dios, y así experimentó el amor de Dios y la abundancia de su gracia. ¡Dios le cambió!

Si usted ya es un creyente, entonces Dios ya ha tratado por completo con todo su pecado; no solamente con *una parte* de su pecado, sino *con la totalidad* de su pecado. Usted ha sido justificado. Esto significa que Dios le ha declarado justo en Jesucristo, y eso nunca cambiará. «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Ro. 5:1). Podemos mirar a nuestro pasado y saber que todo ha quedado resuelto. Podemos mirar a nuestro presente y saber que Dios está con nosotros. Podemos mirar al futuro y saber que Dios va delante de nosotros.

Hemos sido regenerados. ¿Qué significa eso? Quiere decir que hemos nacido de nuevo. Tenemos dentro de nosotros una nueva naturaleza, y esa nueva naturaleza nos da poder para vivir una vida nueva. Hemos sido redimidos. Hemos sido comprados y sacados de nuestra esclavitud del pecado, y hemos sido libertados para que sirvamos a Jesucristo. Ya no somos esclavos del pecado, lo que quiere decir que ya no somos más esclavos del pasado. Hemos sido perdonados, completa y totalmente, y por gracia, en base a la obra que Jesús realizó en el Calvario. «En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados... Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con Él, perdonándoos todos los pecados» (Col. 1:14; 2:13).

Un predicador decía en su mensaje que cuando la persona confía en Cristo como Salvador, *todos* sus pecados son perdonados, sean pasados, presentes o futuros. Después de la reunión alguien se le acercó, y le dijo: «Yo pienso que cuando fui salvado, Jesús se hizo cargo

de mis pecados *pasados*, pero no de mis pecados futuros». El predicador suavemente le preguntó: «¿Y cuántos de sus pecados eran pasados cuando Cristo murió?» Eso resuelve el problema, ¿verdad?

No permita que el hecho de haber sido una persona perversa antes de haber conocido a Cristo arruine su vida y ministerio actual. Usted es una nueva persona en Cristo. Todavía tiene todo el potencial para pecar, pero usted ya ha experimentado la gracia de Dios, el amor de Dios y la misericordia de Dios. Pablo se llamó a sí mismo el principal de los pecadores, y sin embargo aceptó el perdón de Dios. Creyó en Jesucristo, y esto le libertó de su pasado. Necesitamos aceptar el perdón de Dios.

En Génesis 50 encontramos una historia muy interesante acerca de José y sus hermanos. Después de que lo vendieron como esclavo a los ismaelitas, los hermanos le mintieron al padre sobre lo que le había ocurrido. José llegó a ser el segundo en autoridad en Egipto. Tenía todo el poder y las atribuciones para enjuiciar a sus hermanos, si hubiera querido hacerlo; pero en lugar de eso, lloró con ellos y los perdonó. Pero ellos tuvieron mucha dificultad para aceptar su perdón. Cuando murió su padre Jacob, los hermanos todavía estaban preocupados de que José se las cobraría. De modo que enviaron a José un mensajero que le dijera: «Nuestro padre nos dijo que nos aseguráramos de decirte que nos perdones». José lloró, y dijo, en realidad: «¿No me creen todavía? Ya les dije que ya les había perdonado.»

No se deje encadenar por el pasado. Viva para el presente. Ese es el primer paso: aceptar el perdón de Dios.

Perdonar a otros

Perdonar a otros es otro paso que debemos dar. Una de las evidencias del verdadero arrepentimiento es que

podemos perdonar a otros. «Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas» (Mt. 6:14–15). Nuestro Señor no está diciendo que tenemos que *ganarnos* el perdón. Lo que está diciendo es que debemos demostrar, dar evidencia de un corazón quebrantado. Si deseo recibir el perdón de Dios, debo arrepentirme de mi pecado y darle la espalda al pecado; y este incluye un espíritu no perdonador de los pecados de otros.

En Mateo 18 el Señor Jesús les dijo a sus discípulos que se perdonaran unos a otros. Pedro le preguntó: «Pero, Señor, si mi hermano peca contra mí, ¿cuántas veces debo perdonarle? ¿Siete veces?» (véase v. 21).

Jesús le dijo: «No. Setenta veces siete» (v. 22). ¡Eso quiere decir 490 veces! Obviamente, mi hermano no va a repetir el mismo pecado 490 veces; *pero lo que es muy probable es que yo recuerde 490 veces su pecado*. Me parece que lo que el Señor Jesús estaba diciendo era: «Cada vez que te acuerdes de que tu hermano pecó contra ti, perdónalo».

Luego, Jesús procedió a relatar la parábola del rey que empezó a revisar los libros de contabilidad, y encontró que uno de sus empleados le estaba robando una gran cantidad de dinero. El rey decidió que el hombre debía ser vendido, así como todo lo que tenía, para pagar la deuda. Pero el hombre cayó de rodillas delante del monarca y le suplicó perdón; y el rey le perdonó. Cuando el sirviente salió de la presencia del rey encontró a otro compañero que le debía unos pocos pesos. Le echó mano, y le sacudía con fuerza reclamándole: «¡Págame lo que me debes!» El pobre hombre suplicó perdón, pero el sirviente ignoró la súplica e hizo que el hombre fuera echado en la cárcel.

A aquel sirviente se le perdonó una deuda enorme, pero él no quiso perdonarle una pequeña deuda a su compañero de servicio. El siervo que no quiso perdonar fue entregado a los verdugos, para que lo castigaran hasta que pagara toda su deuda. Algunas veces los hijos de Dios arrastran consigo cadenas de su pasado por cuanto tienen un espíritu no perdonador. «Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo» (Ef. 4:32).

William Sangster fue un gran predicador de la Gran Bretaña. Una navidad estaba haciendo su lista de tarjetas de saludo. Su esposa leyó la lista, y señalando cierto nombre, le dijo: «¿Vas a mandarle en realidad una tarjeta a esta persona?» Sangster respondió: «Pues claro que sí. ¿Por qué no?» Su esposa replicó: «¿No te acuerdas de lo que te hizo y de lo que dijo de ti?» Sangster se quedó pensativo por unos momentos, y luego dijo: «Oh, sí. Ahora lo recuerdo; pero ya me he hecho el propósito de acordarme de olvidarlo.»

Todos nosotros debemos acordarnos de olvidar. Debemos aprender a perdonar a otros. Ese es el segundo paso.

Perdonarse usted mismo

Perdónese usted mismo. Muchas personas no pueden perdonarse a sí mismas. ¿Sabe usted por qué? Porque el orgullo les detiene. Dicen: «Mentí, y no puedo perdonarme». Abraham mintió en cuanto a su mujer. Otros dicen: «Perdí los estribos, y estaba iracundo.» Moisés perdió los estribos y mató a un egipcio. También perdió los estribos y desobedeció a Dios golpeando la roca. Otros más dicen: «Ha tenido tantos y tantos pensamientos inmorales. ¿Cómo es que pude hacer tal cosa?»

David tuvo pensamientos impuros y cometió varias acciones inmorales. Otros dicen: «Negué al Señor. Pude haberme detenido y haberle hablado de Cristo, pero no lo hice.» Pedro negó tres veces al Señor. ¿Es usted acaso mejor que esos hombres?

El orgullo me hace decir: «¿Cómo pude ser capaz de hacer tal cosa?» La humildad, en cambio, debe hacerme decir: «Es asombroso que no cometa cosas peores.» Usted no puede expulsar esos pensamientos de su mente. Tal vez usted diga: «Quisiera poder olvidar lo que le dije.» «Quisiera poder olvidar lo que le hice», pero usted no puede. Si usted entierra estos pensamientos en su personalidad, todo lo que hace es crearse más problemas.

¿Qué es lo que usted debe hacer, entonces? *Cuando le viene el recuerdo de estos pensamientos, conviértalos en oración y motivo de alabanza.* Cuando usted recuerda las cosas que ha hecho, perdónese usted mismo, y así podrá hacer lo que Pablo hizo: alabar a Dios. «Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén» (1 Ti. 1:17). Dios pudo usar a Pablo como un modelo y como un estímulo para otros.

Perdónese usted mismo. No conserve agravios contra usted mismo. Convierta los recuerdos de sus pecados en motivos de oración y alabanza a Dios por el perdón. Confíe en que Dios hará que algo bueno resulte de todo eso. Tal vez usted no pueda ver cómo algo bueno pudiera resultar de lo que usted ha hecho; por tanto, déjelo en las manos de Dios.

A menudo hago a la gente recordar que David cometió dos graves pecados: cometió adulterio con Betsabé (un pecado de la carne), y censó al pueblo (un pecado del espíritu). Setenta mil personas murieron porque David censó al pueblo.

Pero lo interesante es lo que Dios hizo con todo eso. David se casó con Betsabé, y de esa unión nació Salomón. Cuando David confesó su pecado de haber censado al pueblo, construyó un altar en una propiedad que había comprado, y en aquella propiedad *Salomón edificó el templo*. Solamente Dios puede tomar dos enormes pecados de un hombre, y construir un templo sobre ellos.

Tal vez usted haya hecho muchas cosas malas. Usted ha sufrido las consecuencias de ellas, y ya las ha confesado. Dios ya le ha perdonado; ahora, *perdónese usted mismo*, y confíe en que Dios obrará su propósito en su vida. Solamente Dios puede tomar dos enormes pecados de un hombre y construir un templo sobre ellos. No alcanzo a comprender cómo es que Dios hace que todo ayude a bien, pero lo hace.

Así podemos ver los tres pasos que debemos dar para ser libertados del pasado. Primero, *acepte el perdón de Dios*. Sencillamente, crea en la Palabra de Dios, que dice que Dios ha perdonado todas sus transgresiones. Dios dice que ha arrojado sus pecados a las profundidades del mar (véase Miq. 7:19); los echa tras de sus espaldas (véase Is. 38:17); y nunca más se acuerda de ellos (véase He. 10:17). Ha alejado de usted sus pecados tan lejos como está el oriente del occidente (véase Sal. 103:12). Acepte el perdón completo y gratuito de Dios.

En segundo lugar, *perdone a otros*. Si usted todavía tiene resentimientos en contra de alguna otra persona, confíéselos a Dios, y a las personas afectadas, si fuera necesario. Esto le libertará a usted. La mayor libertad del mundo es la libertad que da el perdón. Aquella situación de rencillas o querellas familiares, en las cuales unas personas ni siquiera se hablan con las otras, es una insensatez y un pecado. Pablo escribió a los fili-

penses: «Olvidando ciertamente lo que queda atrás» (Fil. 3:13). Es algo terrible vivir en el pasado cuando deberíamos estar viviendo para el futuro. Hay que perdonar a otros.

Finalmente, *perdónese usted mismo*. Deje su orgullo a un lado. Usted no es mejor que ningún otro. Dios lo conoce por completo; Él sabe que usted es polvo (véase Sal. 103:14). No trate de expulsar de su mente los recuerdos de su pecado. Sencillamente conviértalos en motivos de oración y alabanza a Dios. Dígale al Señor: «Señor, sé que no debía haber dicho tal cosa. Cuando pienso en eso, me siento molesto. Pero lo entrego a ti, y voy a alabarte porque sé que Tú vas a sacar algo bueno de todo eso.» Convierta esos pensamientos en una oración y en alabanza, tal como lo hizo Pablo. Sea un fiel siervo de Jesucristo, y confíe en que la abundante gracia de Dios le dará el triunfo.

Muchas personas viven como si estuvieran crucificados entre dos ladrones: los temores del mañana y las lamentaciones del pasado, y por eso no pueden disfrutar del presente. Si usted se halla esclavizado a su pasado, entrégueselo a Cristo. Él es el Dios de su ayer, de su presente, y de su mañana, y Él le dará la libertad.

Capítulo 9

Libertad de las cosas

Pensemos ahora en el problema del afán y la ansiedad, y en cómo ser libres de la esclavitud de las cosas. Pienso que esta es una de las más grandes necesidades que tienen los creyentes hoy en día: ser libertados de las cosas. Vivimos en un mundo saturados de cosas. Qué fácil es apegarnos a las cosas y dejarnos controlar por ellas.

A los creyentes no les gusta admitir que se afanan y preocupan por las cosas. Les gusta decir que «tienen una carga en su corazón» o que «están interesados en algo», pero todo es en realidad afán y ansiedad.

Jesús consideró este problema en el pasaje de Mateo 6:19-34. «No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón. La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo

estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas? Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo? Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal.»

La palabra griega que se traduce «afanarse», significa «hacerse pedazos o despedazarse». La ansiedad es peligrosa. Lo estrangulará, física, emocional y espiritualmente. Le hará pedazos. Puede crear toda clase de problemas, y la única persona que puede controlar el afán y la ansiedad es el mismo creyente. Usted y yo debemos determinar que no permitiremos que las cosas dominen

nuestra vida. Una de las principales causas de ansiedad en nuestra vida es nuestra preocupación por las cosas, nuestra esclavitud a las cosas. Una de las evidencias de que estamos dejándonos envolver demasiado por las cosas es precisamente que nos afanamos por ellas. Si queremos tener paz, debemos aprender a ser libres de las cosas. Jesús nos enseñó varias verdades que nos ayudarán a disfrutar de la libertad de las cosas.

No es malo poseer cosas

En primer lugar, señalemos que nuestro Señor dejó bien en claro que *no es malo poseer cosas*. En Génesis 1:31 leemos: «Y vio Dios todo lo [todas las cosas] que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera». No hay nada de malo es poseer cosas. No es malo por varias razones.

Dios hizo todas las cosas buenas

Para empezar, *Dios hizo las cosas*. En este universo está Dios, están las personas, y están las cosas. A Dios se le debe adorar, a las personas se les debe amar y servir, y las cosas son para usarse. Dios hizo las cosas, y Él no hizo nada malo. Las cosas pueden ser usadas en forma incorrecta, pero ellas no son pecaminosas en sí mismas. Dios las hizo.

En segundo lugar, Génesis 1:31 indica que *todo lo que hizo Dios era bueno*. De hecho, el versículo nos dice que todo lo que hizo Dios *era bueno en gran manera*. De modo que Dios hizo las cosas, y las hizo buenas.

Dios sabe que necesitamos cosas

En tercer lugar, *Dios sabe que necesitamos cosas*. «Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas» (Mt. 6:32). No necesitamos todas

las cosas que hay, pero sí necesitamos las cosas básicas.

Hace poco fuimos a un restaurante, y nos tocó esperar hasta que se desocupara una mesa y la alistarán. Mientras esperábamos, llegó una familia joven: padre, madre y dos niños pequeños. Habían pasado apenas dos o tres minutos, cuando el más pequeño alcanzó a divisar una máquina de vender caramelos que había en el lugar. Al instante empezó a gritar, a zapatear y a dar de puntapiés a la madre, mientras gritaba: «¡Yo quiero un chupete! ¡Yo quiero un chupete!» Por supuesto, los pobres padres estaban sumamente azorados y avergonzados por la conducta del muchacho. (Me sorprendió que no hicieran nada para reprenderlo; pero eso sería materia de otro sermón.) El muchacho quería cosas, y estaba decidido a conseguirlas, incluso aun cuando tuviera que fastidiar a toda la clientela del restaurante y avergonzar a sus padres.

La vida no se mide por las cosas. Cuando alguien muere, hay quien pregunta: «¿Cuánto dejó?» ¡Lo dejó *todo*! La vida no puede medirse por las cosas. «Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee» (Lc. 12:15). Mark Twain dijo: «La civilización es la multiplicación ilimitada de necesidades innecesarias». Nos dejamos envolver por las cosas.

Dios quiere que disfrutemos y usemos las cosas

En cuarto lugar, *Dios quiere que disfrutemos de las cosas*. Primera Timoteo 6:17 dice: «A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos.» Dios quiere que disfrutemos de las

cosas. Él las hizo. Son buenas, y no hay nada de malo en disfrutar de ellas.

Finalmente, *Dios quiere que usemos las cosas*. En 1 Timoteo 6:18 Pablo dice que debemos hacer el bien, ser ricos en buenas obras, estar listos para repartirlas con otros y dispuestos a compartirlas. No solamente que debemos *disfrutar* de las cosas, sino que también debemos *usarlas, emplearlas* para el bien de otros y para la gloria de Dios.

Estas son, por tanto, cinco razones por las cuales no es malo poseer cosas. Dios hizo las cosas. Las cosas son buenas. Necesitamos las cosas. Dios quiere que disfrutemos de ellas, y podemos usarlas para el bien de otros y para la gloria de Dios.

Es malo que las cosas nos posean

Nuestro Señor nos dio una segunda verdad: *Es malo que las cosas nos posean*. Las cosas son maravillosos sirvientes, pero terribles amos. Mateo 6:21 dice: «Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón». Su *corazón* puede empezar a amar las cosas. La palabra que usa la Biblia para describir esto es «codicia». Codicia es el deseo desordenado de tener más cosas, cosas más grandes, más caras. Después empezamos a medir la vida por las cosas. Es posible que su corazón se deje envolver por las cosas. Cuando esto ocurre, usted empieza a afanarse debido a que su corazón se divide. Usted empieza a hacerse pedazos.

Es posible también que *su mente* se deje envolver por las cosas. Mateo 6:22, 23 dice: «La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?»

Si su mente se deja absorber por las cosas, entonces las cosas lo controlarán, y así su ser interno será cada vez más oscuro. Cristo estaba hablando acerca de la conciencia. Su conciencia es como una ventana que permite que la luz entre hasta su ser interior. Si la ventana se ensucia más y más, paulatinamente, menos y menos luz puede penetrar, y así la luz se convierte en tinieblas. Si permito que mi mente se deje absorber por las cosas, si todo lo que me preocupa son las cosas, eso me llevará a una oscuridad interior.

Las cosas pueden controlar su *corazón*. «Donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón» (v. 21). Pueden controlar la *mente*. También pueden controlar su *voluntad*. «Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a la riquezas» (v. 24).

Una vida dividida es una vida destrozada. Si usted empieza a vivir para las cosas, las cosas se convertirán en su amo y señor, y esto destruirá su vida. La ansiedad es evidencia de que la mente, el corazón y la voluntad están poseídas por las cosas. Por eso es que nuestro Señor dijo en el versículo 25: «Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?» Lo que nuestro Señor estaba diciendo es que cuando uno empieza a vivir solo para las cosas, y a buscar las cosas, y a amar las cosas, el ser interior de uno empieza a deteriorarse; y la evidencia de esto es la ansiedad. No se afane o se ponga ansioso por su vida. «Quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo?» (v. 27). Usted no puede crecer en

estatura solo por afanarse. Al contrario, la ansiedad excesiva puede acortar su vida.

«No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles [los inconversos] buscan todas estas cosas» (vv. 31–32). La ansiedad es evidencia de incredulidad. La incredulidad es evidencia de desobediencia. La desobediencia es una evidencia de que algo anda mal por dentro. ¿Qué es lo que está mal? Que el corazón, la mente y la voluntad están poseídas por las cosas. No es malo poseer cosas, pero es malo dejarse poseer por las cosas.

Se cuenta que en cierta ocasión un creyente cuáquero observaba mientras llegaban las pertenencias de su nuevo vecino, evidentemente muy acomodado. Los trabajadores de la compañía de mudanzas descargaban una gran cantidad de muebles, artefactos electrodomésticos y toda clase de enseres. Los cuáqueros eran conocidos por su creencia en una vida frugal y simple. Así que se acercó a su nuevo vecino y le dijo: «Vecino: quiero decirle una palabra.» «Venga la palabra,» replicó el otro. El creyente le respondió: «Vecino: si alguna vez usted necesita alguna cosa, venga a verme—y yo le enseñaré como vivir sin ella.» Esa es buena filosofía. Esto nos lleva a la tercera instrucción.

Dios debe ser el Señor

Dios debe ser el Señor de todo en nuestras vidas. El secreto se halla en Mateo 6:33: «Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.» En otras palabras, saque a las cosas del *centro* de su vida, y deje que Dios las coloque en el sitio que realmente les pertenece. Cuando las cosas se convierten en su señor, la vida no vale mucho. Cuando usted deja que las cosas lleguen a ser el amo, su vida se

divide y se destroza. Cuando Jesucristo es su Señor, entonces todo lo demás de su vida queda ubicado en su lugar correcto, y usted empieza a asignar el precio apropiado a los «muebles y enseres» de su vida. Me temo que algunas personas están pagando un precio demasiado alto por las cosas baratas que los poseen. Piense por un momento en el tiempo y la energía que usted gasta en todas las «cosas» que son tan importantes para usted; y sin embargo, al mismo tiempo usted tal vez esté perdiendo a sus hijos, sus amigos, y quizás hasta a su esposo o esposa. En los hospitales hay hoy mismo muchísimas personas que darían todo lo que poseen con tal de recuperar su salud; y sin embargo, muchos de ellos están en el hospital precisamente porque han estado viviendo solamente para las cosas. Se afanan, se dejan dominar por la ansiedad, se dejan destrozar por el incansable deseo de tener más cosas. Dios debe ser el Señor de todo en nuestras vidas.

¿Qué quiere decir eso de buscar primeramente el reino de Dios y su justicia? Quiere decir que Dios es el primero y lo primero en nuestras vidas. Lo primero que hacemos en la mañana es conversar con Dios por medio de la oración y la adoración privada. Leemos y meditamos en Su Palabra. El primer día de la semana acudimos al templo y nos reunimos con la iglesia. Lo primero en nuestras vidas —lo más importante de todo— es complacerlo. Cuando Dios es lo primero, y le adoramos a Él, en lugar de adorar las cosas, entonces las personas y las cosas caen en su propio y correcto lugar.

Buscamos no solamente a Dios, sino que también nos sometemos a Él, a su mandato y a su justicia. Lo que estamos diciendo es: «Mi Señor y mi Dios». Ya no manejamos nuestro propio calendario; le permitimos a Dios que lo controle y lo dirija. Es maravilloso cuando

Dios nos libera de la tiranía de las cosas. Uno puede leer el periódico y ver todos los anuncios y la publicidad, y no sentirse obligado a poseer todas esas cosas. Cuando el vecino adquiere algo que tal vez sea más costoso y más impresionante de lo que uno tiene, uno no se siente molesto. Uno aprende a estar contento con lo que uno tiene. En lugar de quejarse por lo que usted *no tiene*, usted aprende a alegrarse por lo que *sí tiene*.

Todo esto exige fe. Usted tiene que confiar en Dios, y en que Él suplirá para todas sus necesidades. «Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (v. 33). Esta es una promesa de Dios. No dice que *la mitad de las cosas*, ni tampoco *algunas cosas*, sino «todas estas cosas os serán añadidas.» David dijo: «Joven fui, y he envejecido, y no he visto justo desamparado, ni su descendencia que mendigue pan» (Sal. 37:25).

Déjeme advertirle que el afán y ansiedad le afectarán mental, física, emocional y espiritualmente. Le pondrán los nervios de punta. No podrá ser la clase de esposo, esposa, empleado, pastor, hijo o hija que Dios quiere que usted sea. ¡Entréguelo todo al Señor! Diga: «De ahora en adelante voy a darle a Cristo el primer lugar en mi vida, y a procurar complacerlo. Voy a entregarme a Dios cada día, someterme a su mandato y a su justicia. Voy a vivir para agradarle, y voy a confiar en su promesa de que Él suplirá todas las cosas que yo necesito.»

Si usted desea ser libre de las cosas, usted debe comprender y obedecer ciertas verdades. En primer lugar, no es malo poseer cosas. En segundo lugar, es malo que las cosas nos posean. Tercero, Dios debe ser el Señor de todo.

Jesús dijo que debemos aprender a vivir un día a la vez: «Así que, no os afanéis por el día de mañana,

porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal» (Mt. 6:34). Viva un día a la vez. Un día a la vez sométase a Dios y busque a Dios. Un día a la vez deje que Dios le dé las cosas que necesita. Si Dios no le da alguna cosa, es porque no vale la pena tenerla. Mi oración es que cada uno de nosotros aprenda el valor real de las cosas en relación al valor espiritual de la vida. No asigne el precio equivocado a las cosas de la vida. Dios suplirá todas sus necesidades de acuerdo a sus riquezas en gloria (Fil. 4:19), si usted primeramente le busca y se somete a Él.

Capítulo 10

Libertad futura

Como creyentes en Cristo disfrutamos de nuestra libertad *ahora*, pero la experiencia más grande de libertad tendrá lugar en el futuro, cuando Cristo retorne. La Biblia la llama «la libertad gloriosa de los hijos de Dios». Romanos 8:18–23 es el pasaje bíblico clave.

«Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse. Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a la vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo.»

Contraste entre el sufrimiento y la gloria

El apóstol Pablo presenta en este pasaje una serie de contrastes entre el presente y el futuro. El primero se halla en el versículo 18: *es el contraste entre el sufrimiento y la gloria*. »Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.« La creación fue buena. Dios vio todo lo que había hecho, y vio que todo era bueno en gran manera. Pero hoy en día la creación es una creación que *gime*. El sufrimiento ocurre en todas partes. Un día será una creación *gloriosa*. El modelo que Dios ha establecido en este mundo es sufrimiento y después gloria. Lo vemos en la naturaleza. Durante las estaciones de otoño e invierno, en las regiones en donde éstas ocurren, se puede ver el sufrimiento y el gemido. Pero luego viene la gloria de la primavera, el verano y la cosecha. También podemos verlo en la vida de nuestro Señor Jesucristo: primero el sufrimiento, y luego la gloria. En 1 Pedro se repite este tema vez tras vez, primero el sufrimiento, y después la gloria. Los discípulos querían la gloria sin el sufrimiento. El diablo le dará sufrimiento sin gloria. Pero la vida cristiana significa primero el sufrimiento, y después la gloria. Dios ha establecido este modelo.

El propósito de Dios para este mundo, desde el mismo principio, es la gloria. Luego el pecado entró y trajo consigo el sufrimiento. En Romanos 5 Pablo explicó cómo la caída del primer hombre introdujo al mundo el pecado, el sufrimiento, la muerte y la condenación. Pero en Jesucristo tenemos la seguridad de la gloria futura. Pablo expresó esta misma verdad en 2 Corintios 4:16–18: «Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque

esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.»

El hombre exterior va pereciendo. Envejecemos y progresivamente vamos decayendo. Pero el hombre interior se renueva cada día. Llegamos a ser más y más como Jesucristo. Nuestra aflicción es breve y leve, y dura apenas un momento, cuando se la compara con la eternidad de la gloria que nos espera cuando Cristo venga. Hoy experimentamos el sufrimiento, pero en la libertad futura de los hijos de Dios todo lo que habrá es gloria.

Contraste entre el anhelo y la manifestación

En Romanos 8:19 encontramos un segundo contraste: se trata del *contraste entre el anhelo ardiente y la manifestación*. «Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios.» Otra manera de decirlo es: «Con mucho deseo y esperanza todo el universo que Dios hizo espera el momento en que los hijos de Dios sean dados a conocer» (Versión Popular). Toda la naturaleza espera con expectación el retorno de Jesucristo. Toda la naturaleza anhela ardientemente su retorno. Eso es mucho más de lo que podríamos decir de muchos creyentes. Algunos creyentes viven día tras día como si Jesús nunca hubiera muerto y como si jamás fuera a regresar. Pero la naturaleza aguarda, espera la venida de nuestro Señor Jesucristo. El cuadro es de intensa expectación, una persona que espera, casi de puntillas, aguardando esa esperanza futura.

El contraste del anhelo ardiente es la *manifestación*.

Toda la creación aguarda la manifestación de los hijos de Dios. La palabra griega que se traduce «manifestarse» en el versículo 18, y «manifestación» en el versículo 19, procede del mismo vocablo griego que significa «revelación o revelarse.» Es el mismo vocablo del nombre del libro de Apocalipsis. Llegará el tiempo en que los hijos de Dios van a manifestarse. Hoy en día el mundo no puede ver lo que realmente somos. La gloria que Dios ha puesto en nosotros y la gloria que Dios nos ha dado todavía no ha sido revelada. «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser» (1 Jn. 3:2). Sabemos, eso sí, que cuando Jesucristo retorne entraremos en esta maravillosa libertad, «la libertad gloriosa de los hijos de Dios» (Ro. 8:21).

En el versículo 17 Pablo menciona nuestra herencia. «Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con Él seamos glorificados.» Jesucristo ya ha sido glorificado. Nosotros estamos en Cristo; por consiguiente, tenemos la certeza de la gloria futura. Somos herederos juntamente con Él. Cualquier cosa que Él herede, nosotros también la heredaremos. Jesús oró a su Padre: «Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado» (Jn. 17:24). Hoy es tiempo de expectación, de anhelo ardiente, pero cuando Jesús retorne será la *manifestación*. Dios va a ser glorificado cuando su iglesia sea sin mancha ni arruga, cuando hayamos sido transformados y participemos de su gloria eterna.

Contraste entre la vanidad y la esperanza

En Romanos 8:20 tenemos un tercer contraste: *es el*

contraste entre la vanidad y la esperanza. «Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que [esto es, Dios] la sujetó en esperanza.» La palabra vanidad significa «futilidad» o «inutilidad». En el libro de Eclesiastés la palabra se usa alrededor de 38 veces. «Vanidad de vanidades, todo es vanidad» (Ec. 1:2). La palabra quiere indicar «neblina», o «vapor».

En ocasiones parece que lo que ocurre en el mundo no tiene sentido. Al leer los periódicos y oír las noticias, uno se pregunta: «¿Qué es lo que está ocurriendo en este mundo?» Todo parece vano e inútil. Pero, en contraste con la apariencia de vanidad en la creación, nosotros tenemos una bendita esperanza en Cristo. Dios ha sujetado a la creación bajo su control. Él está obrando su plan, y este plan incluye la esperanza. La esperanza de la que habla la Biblia no es un dudoso: «Así lo espero». No es como el chiquillo que sueña con recibir una bicicleta para navidad. No es similar a nada de lo que el mundo espera recibir. Más bien, nuestra esperanza es certidumbre. Es la bendita seguridad del futuro, y esa seguridad controla el presente. Dios tiene un plan para este mundo, y ese plan efectivamente se realizará.

Tenemos una esperanza viva: «Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros» (1 P. 1:3-4). El mundo actual está sujeto a vanidad, pero cuando Jesús regrese nosotros experimentaremos el cumplimiento de esta bendita esperanza, «la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Ro. 8:21).

Contraste entre la esclavitud y la libertad

En Romanos 8:21 tenemos un cuarto contraste: *el contraste entre la esclavitud de corrupción y la libertad de los hijos de Dios.* «Porque también la creación misma será liberada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.» Esto nos indica por qué toda la creación está esperando que Cristo retorne: La creación no puede ser liberada hasta que *nosotros* seamos libertados. La creación no puede experimentar la gloria hasta que *nosotros* experimentemos la gloria. Por esto es que la creación espera que el Creador regrese. Por esto es que la iglesia espera que el Redentor retorne.

La creación se halla en esclavitud. Debido al pecado la creación está subyugada (v. 21). La creación será liberada. Liberada, ¿de qué? De la esclavitud. ¿Qué clase de esclavitud? Esclavitud de corrupción, la esclavitud de la descomposición. La ley del pecado y de la muerte está actuando en la naturaleza. Hay muerte, y a la muerte sigue la descomposición y corrupción. De esa descomposición proviene el terreno fértil, y del suelo proviene la vida, y el ciclo vuelve a repetirse: vida, muerte, descomposición. Su cuerpo también está sujeto a la ley del pecado y de la muerte. Al morir nuestro cuerpo se convierte en polvo. Cuando Jesús retorne recibiremos un cuerpo glorificado.

Nosotros no podemos romper este ciclo de vida y muerte. Parece como si cada primavera la creación batallara para producir algo nuevo, algo que dure. Luego viene el otoño, y lo que había crecido no dura. Se muere y se descompone. Un día iremos al cielo, en donde no hay muerte, ni descomposición, ni corrupción, ni putrefacción. Vamos a recibir la herencia que Dios tiene preparada para nosotros.

Contraste entre gemidos y redención

Esto nos lleva al contraste final en este pasaje: el *contraste entre los gemidos y la redención* (Ro. 8:22-23). «Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora» (v. 22). La creación gime, gime como una mujer que está dando a luz. En la primavera la creación produce, con dolores de parto, algo nuevo, que a la vuelta de poco decae y muere. Todos los años ocurre lo mismo. «Y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción» (v. 23). Nosotros no gemimos simplemente debido a artritis o reumatismo, dolores de cabeza o problemas. ¡Incluso la gente que no conoce a Cristo gime y sufre cuando le duele el cuerpo! Pero nosotros gemimos dentro de nosotros mismos, *esperando que Jesús retorne*. Gemimos y suspiramos por la gloria. Toda la creación gime por la gloria, y usted y yo, como creyentes en Cristo, debemos también gemir por la gloria.

La frase «tenemos las primicias del Espíritu» significa que ya hemos recibido y tenemos en nuestros corazones la primera cuota, el anticipo de la gloria. Sabemos que iremos al cielo por cuanto el Espíritu Santo vive en nuestros corazones. Dios dijo: «Este es la prenda, la señal. Mi Espíritu Santo es el anticipo, la prenda que les doy de que voy a llevarlos al cielo y que ustedes participarán de mi gloria.» Tendremos cuerpos glorificados, cuerpos como el cuerpo glorioso de Cristo resucitado. Ya no tendremos que enfrentar la muerte, ni la descomposición y putrefacción, ni el dolor, ni el sufrimiento de esta vida. Disfrutaremos de «la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (v. 21).

Romanos 8:30 afirma que ya hemos sido glorifica-

dos. «Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.» No dice que los *glorificará*, sino que *ya los ha glorificado*. Entonces, ¿qué es lo que esperamos? Esperamos *la manifestación de aquella gloria*. Esperamos nuestra adopción, la redención de nuestro cuerpo. Nuestro hombre interior ya ha sido redimido, pero el cuerpo todavía no. Uno de estos días el cuerpo también va a ser redimido, y así nuestra salvación será completa.

¿Qué significa esto para nosotros los creyentes? Por un lado, sabemos que el sufrimiento no dura para siempre. Para el inconverso el sufrimiento será eterno. Si usted no conoce a Jesucristo como su Salvador personal, prepárese para sufrir para siempre. Usted debe confiar en el Salvador hoy mismo, y ser libertado así de la ley del pecado y de la muerte. «Las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (v. 18).

Mucha gente hoy en día sufre y llora. Tienen dificultades y problemas de una clase u otra. Hagamos, pues, lo que la naturaleza hace: ¡Elevemos nuestros corazones y anhelemos ardientemente la venida del Señor Jesús!

Toda la vanidad de la vida será reemplazada un día por el cumplimiento de la esperanza. La esclavitud de corrupción será reemplazada por la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Los gemidos serán reemplazados por la adopción, la redención de nuestro cuerpo. ¡Qué maravilloso día será cuando Jesucristo retorne y nos lleve a los cielos para participar para siempre de su gloria!